

A LOS SUSCRIPTORES

Doy las gracias á cuantos, estando suspendida la publicación de EL MOTÍN, han pagado la suscripción.

Y advierto á todos, que les serán abonados en cuenta los dos meses que no lo han recibido.

A MIS LECTORES

Tenía ya vivos deseos de reanudar la conversación que vengo sosteniendo con vosotros desde 1881. Siempre que por causas ajenas á mi voluntad la interrumpí, me ocurrió lo mismo.

En las muchas denuncias que EL MOTÍN ha sufrido, lo que me molestaba no eran las pérdidas y la condena probable, sino la recogida de la edición. ¡Haber escrito para vosotros algo que no habíais de leer! Y pensando en esto, y para evitarlo, voy á hacer un número anodino, que no pueda legalmente el gobierno impedir que llegue á vuestras manos.

Porque ya estoy viendo al ministro de la Gobernación y al gobernador civil, preparados para indicarle al fiscal (lo que hacen únicamente, según dicen), los puntos en que pudiera haber delito en este número. «Indudablemente, dadas las ideas de Nakers (pensarán ellos), tiene que venir furio, so en sus censuras y desatado en sus alabanzas.»

Y yo me sonrío pensando en el chasco que van á llevarse, porque en este número, ni voy á alabar á nadie por lo de Africa, mas que al Ejército, ni voy á censurar á nadie por lo de Barcelona, ni siquiera al gobierno; pues, lo repito: mi único deseo es que llegue á provincias, para ponerme al habla con vosotros, y seguramente no llegaría si dijera abiertamente lo que pienso sobre esas dos cuestiones. Aunque bien mirado, tampoco es necesario: no habiendo variado yo de opinión durante los dos meses últimos, todos vosotros sabéis de memoria lo que callo.

Va sé que si quieren los señores citados, me denunciarán el número por cualquier cosa, para que no circule; ¡podría no saberlo, habiéndose denunciado hace años el catecismo del P. Ripalda, la Santa Biblia, la reproducción del Cristo de Benvenuto Cellini, y hasta los anuncios de los libros! Los conservadores no repararon nunca en pelillos para estas cosas. No quieren, por lo visto, morir de empacho de legalidad. Pero, en fin, no dándoles yo en este número motivo para que lo hagan, quedará demostrado el afán que tengo porque lo recibáis; al par que su empeño en que no circule.

Explicación

Voy á darles á mis lectores la de por qué interrumpí la publicación de EL MOTÍN.

Con la suspensión de garantías quedaba el periódico á merced de las genialidades de cualquiera; y como siempre que ha ocurrido esto he abierto un paréntesis en su publicación, no iba á dejar de hacerlo ahora, solamente porque alcanzaba gran tirada.

De la guerra no podía ocuparme sino convirtiendo el periódico en cartel ministerial; y aun esto con el retraso inevitable en un periódico que se cierra el lunes por la tarde y se lee el jueves.

De los sucesos de Cataluña, menos. Hasta copiar los partes oficiales hubiera resultado delictivo en EL MOTÍN al resplandor del incendio de los conventos.

Llenar sus columnas con los originales de costumbre, hubiera tenido escaso interés: el público sólo anhelaba noticias de la guerra y de Barcelona.

Es decir, que hubiera publicado unos números ñoños y aburridos, en el caso improbable de que no hubiera tropezado en el mero, que sí habría tropezado.

La situación de la prensa era realmente difícil. Tenía que adoptar una de estas actitudes:

Dejar de publicarse. El efecto hubiera sido tremendo. En el extranjero tanto ó más aún que en España.

Publicarse diciendo la verdad de lo que ocurría. Hubieran encarcelado á sus directores. Acto de gran resonancia y trascendencia, que no habría podido resistir el gobierno.

Resignarse á publicar sin comentarios las noticias oficiales. Todos los periódicos optaron por esto último, á pesar de que *La Correspondencia de España*, *El País* y *España Nueva* propusieron en una reunión lo primero. Yo, en uso de mi autonomía, hice por mi propia iniciativa lo que ya había indicado en el último número que publiqué.

Comprendo que no es lo mismo suspender un periódico semanal, que otro diario; y que es fácil hacerlo en el mío, donde un voto decide y una voluntad ordena.

Mas no por esto he de apartarme de la idea de que hubiera sido un acto hermoso y transcendental el suspender en un día la publicación de todos los periódicos, menos los clericales.

Y otro acto transcendental y hermoso, el de ver entrar en la Cárcel á sus directores, por el delito de decirle la verdad al país, lo mismo sobre los sucesos de Melilla que sobre los de Barcelona.

Siempre he creído que los actos gallardos y viriles se llevan, como vulgarmente se dice, la opinión de calle, y más en los momentos supremos.

Pero, en fin, ya se ha levantado la supresión de garantías.

¡Libertad y á ellos!

Enseñanza aprovechable

La que ha dejado lo de Barcelona, puede ser fecunda para todos.

Para los republicanos, porque nos impulsará á organizarnos.

Para los monárquicos liberales, porque les ha señalado el escollo que deben evitar.

Para los conservadores, porque les ha indicado por dónde viene la muerte.

Destruídas las leyendas de que ya no podían levantarse barricadas ni quemar conventos, deben los gobernantes de hoy y los que puedan serlo mañana, conducirse de manera que hagan imposible la repetición de tales conflictos.

¿Cómo? Quitando el pretexto para que se promuevan.

Cada uno dentro de los principios que sustente.

Leyenda destruida

Fué muy humano lo que hicieron los jesuitas de la calle de Caspe en Barcelona: defenderse á tiros de los sediciosos; pero poco cristiano; y poco hábil además.

Si algún día, dentro de un año ó dentro de un siglo, las pasiones políticas volvieren á agitarse y se reprodujesen en cualquier punto las escenas de Barcelona, el recuerdo de aquellos tiros podría aconsejar á los revoltosos el empleo de otros medios.

Y, créanme los jesuitas: la causa de la religión, de que se dicen los primeros defensores, hubiera ganado mucho más resignándose ellos con la suerte que la divina Providencia, en sus inexcrutables designios, les tuviere reservada, que no disparando los mañiseros.

Aunque lo más sensible en este caso, es que con aquella conducta poco meditada destruyeran para siempre la hermosa cuanto explotada leyenda de sus mártires; pues cabe suponer que si en el Japón sucumbió algún jesuita, lo cual no está aún bien averiguado, fué por hallarse en un edificio poco resistente con relación á las fuerzas que los atacaban y por no tener á mano unos cuantos fusiles.

Y la destrucción de las leyendas, según he oído, no favorece á religión alguna.

Mis escrúpulos

Durante los días que estuvieron ardiendo conventos en Barcelona, yo permanecía aquí en medio de una tranquilidad perfecta. A ratos, sin embargo, me horrorizaba de mí mismo, me creía un monstruo de perversidad, y me increpaba furiosamente:

«¿Cómo, malvado!—me decía—gestás así con esa calma, mientras arden las casas de oración en la Ciudad Condal? ¿Cómo no unes tus anatemas á los que lanzan todos los pechos honrados? ¿Cómo no sientes, por lo menos, ese desasosiego que las almas buenas experimentan en las catástrofes de todas clases, geológicas ó sociales, que sobrevienen á lo mejor?»

«¿O no tienes corazón, ó será de bronce ó pena!»

Y, nada, ni por esas; después de apostrofarme así, continuaba tan sosegado; siendo lo peor del caso, que, sin saber por dónde, acudían á mi memoria ideas incoherentes que ninguna relación guardaban con la quema de los conventos; por ejemplo: el hambre, la emigración, la falta de trabajo, las madres escuálidas, los niños harapientos... y estas ideas sí que me preocupaban, y me conmovían, y me indignaban.

Y buscando la causa de aquel fenómeno extraño, ocurrióme que acaso corriese por mis venas, y en gran cantidad, sangre de inquisidor ó de familiar del Santo Oficio, por descender de alguno de aquellos santos varones á quienes la costumbre de ver quemar hombres vivos secó las fuentes de la sensibilidad; y ya pensaba que la ley de herencia se impone por igual al hombre, que al tigre, que al león, cuando vino *El Diario* de Barcelona á convencerme de que yo no era una excepción, pues lo mismo le pasaba á muchas personas religiosas y respetables.

Insertaba una supuesta conversación con un extranjero, testigo de los trágicos sucesos, y en ella había las siguientes observaciones:

«Después de lo ocurrido, he visto mucha gente agolparse delante de los conventos entregados al fuego ó de los templos destruidos, saqueados y profanados, y en la casi totalidad de aquellos rostros, en las observaciones y diálogos que he oído al paso, me ha parecido ver que dominaba la curiosidad más que el dolor y la vergüenza; después de lo ocurrido, he hablado de ello con muchísimas personas, y aunque tuve la suerte de que ninguna de ellas excusara de una manera expresa tantas infamias, he encontrado en algunas, no la condenación seca, absoluta, de un alma noble ante un crimen repugnante, sino una reprobación más ó menos enérgica, seguida de observaciones innecesarias. Y á propósito de los conventos destruidos, he oído discutir si eran ó no demasiados los que había; si causaban ó no causaban perjuicios, y otra porción de cosas del mismo género, excusables tal vez en ocasión distinta, pero insensatas ante sus ruinas humeantes.»

«Ya tiene usted explicado por qué me apena, más que los excesos de las turbas sin freno, la actitud general del vecindario honrado, después de lo ocurrido.»

Y, lo confieso francamente: cesaron mis dudas y recobré la calma después de leer eso. Si personas de orden y religiosas no reprobaban enérgicamente los sucesos en la misma población donde habían ocurrido, ¿iba yo á distancia y sin ver sus ruinas humeantes, á continuar sosteniendo con mi conciencia aquella lucha?

Hubiera sido ya sobrepasar en preocupaciones injustificadas al propio corregidor de Almagro.

UNA RIDICULEZ

Una mañana (hará cerca de dos meses) vino un amigo á verme, y me dijo:

—Está usted vigilado. Acérquese usted—añadió poniéndose al balcón.—¿Ve usted aquel del terno claro que está sentado en el banco de piedra leyendo un periódico, y enseñando los calcetines? Pues aquél lo vigila.

—¡Aquél! Usted se bromea. Aquel es un señorito que estará esperando á su novia.

—No; es un policía. ¿Ignora usted que los policías parecen ahora señoritos?

—¿V por qué se me vigila?—pregunté.

—A decir verdad, más que á usted, parece que vigilan á los que vienen á verle.

—¿Creo acaso que yo...? ¡Ja, ja, ja! No saben sin duda que he decidido hace tiempo no conspirar sino con ministros y capitanes generales.

—Es que han llegado á Madrid cuarenta y tantos anarquistas, entre ellos dos ó tres muy peligrosos, y...

—¿Anarquistas, y peligrosos, y en tanto número, y sabiendo la policía que están aquí? Permítame usted que me sonría. Esos nunca hicieron nada en ninguna parte, mas

que dar pretexto á ciertos señores para aparentar que prestan grandes servicios. Esto no obstante, yo le agradezco mucho al gobierno que vele de esa manera por mí. Así estaré seguro de que, ocurra lo que ocurra, no he de verme obligado nuevamente á cubrir á nadie.

Se marchó mi amigo, y desde entonces me fijé en el plantón policiaco, que variaba de forma, pero no de sitio, lo mismo de noche que de día.

A los dos ó tres, al bajar á la redacción, vi á uno instalado en el patio hablando con la portera; la calle estaba inundada de sol y se refugiaba allí. La suspensión de garantías le autorizaba para ponerse á la sombra dentro de la casa. Y desde entonces, cada vez que bajaba ó subía me encontraba sentado en el patio uno de aquellos que yo tomé por señoritos enamorados; cuando no había dos; y, lo confieso, pensaba con cierta amargura en lo difícil que es ganarse el pan, cuando personas de aspecto relativamente distinguido, se ven obligadas á aceptar el cargo de policías, muy útil, muy necesario, pero muy antipático, muy repulsivo...

Todavía se explicaba que lo desempeñasen aquellos tíos de mirada torva y bigote especial, de andar ladeado y cachiporra en mano, que con las peores formas posibles cometían las mayores barbaridades posibles. ¿Qué podían ser si no eran polizontes? Creo que muchos no hubieran nacido, sin la esperanza de alcanzar aquel empleo. Pero, en fin, se comprendía que lo fueran.

Lo que no se comprende (por lo menos yo no lo comprendo), es que hombres del porte de los que he visto en el patio de mi casa y en los bancos de la calle, se metan á policías, y menos en la edad en que se sueña con tantas cosas que nada tienen que ver con la alta misión de velar por el reposo de las gentes que parecen honradas.

Y dicho esto, faltaría á un deber si no diera las gracias al ministro de la Gobernación, al jefe de la policía, ó al que hubiere dispuesto que se velase durante tantas semanas, de día como de noche, por mi tranquilidad y sosiego; pues realmente me habría contrariado el encontrarme de nuevo ante un ciudadano que hubiera venido á enterarse de si mi reloj sólo tenía cuerda para una vez.

Esto aparte, no ha dejado de complacerme el que el gobierno se haya enterado de la vida honesta y arreglada que hace este individuo que con tanto cuidado lo tiene: salvo tres ó cuatro veces que he ido en esos meses al Juzgado para declarar en las causas pendientes, y de seis ó siete visitas que he hecho á la imprenta de Domingo Blanco, donde se tiran EL MOTÍN y los libros que publico, los vigilantes no han tenido que escoltarme á parte alguna: metido en casa, bajando del entresuelo al patio, y subiendo del patio al entresuelo diez ó doce veces al día; levantándome á las cuatro de la mañana, acostándome á las ocho de la noche, y trabajando sin cesar... Todo esto debe saberlo hoy el gobierno, porque los policías se lo habrán dicho.

Lo que no sabe indudablemente, es lo que he pensado en todo ese tiempo, al ver las torpezas por él cometidas y las arbitrariedades y los atropellos perpetuados, que han hecho formar de nosotros en el extranjero una opinión desastrosa; ni el desdén con que abría á la hora del correo las cartas con señales indiscutibles de haber sido abiertas, amén de las que no recibía; ni el asco que me producía el ver á la jauría clerical ladrar furiosa contra los presos, después de haberle faltado valor para salir á combatirlos; ni otras muchas cosas que ya iré diciendo en números sucesivos; y no las sabe, porque de ellas no han podido enterarle los policías que se sentaban en el patio de mi casa.

Y menos pudieron los policías decirle, que calificaba yo de ridiculez mayúscula el vigilar de tan primitiva y vulgar manera á un hombre que, si algún día hiciera algo ilegal en política, lo haría tan bien, que no se enterarían los gobernantes hasta después del éxito ó del fracaso; y que esa ridiculez se agrava al suponer que, si algún anarquista viniese á Madrid con algún propósito criminal, iba á cometer la tontería de visitarme, sabiendo que seguramente sería cazado á la puerta de mi casa. Y diré más: un anarquista puede venir á verme para pedirme amparo, no para proponerme un crimen. Esto lo saben todos los que me conocen un poco, aunque lo ignore el gobierno conservador.

Peró no hay que extrañarse de que los hombres del gobierno ignoren lo que he pensado en estos dos meses, cuando no se han enterado todavía de que yo he sido el único periodista que en España ha combatido durante años al anarquismo, y aun al socialismo, y aconsejado á algunos de mis correligionarios que no se fueran por esos caminos. Y es que aquí nadie se enteró de nada, ni siquiera los que, por razón del cargo, deberían enterarse de todo.

No por mí, que puedo resultar favorecido al hallarme vigilado; por su seriedad, y hasta por su seguridad en el poder, voy á hacerle un ruego á los señores del gobierno. Que no se pongan tan ostensiblemente en ridículo. Los pueblos soportan en ocasiones los gobiernos ilegales, arbitrarios, tiránicos... hay siempre en ellos algo de virilidad y gallardía... Con los que no transigen es con los gobiernos ridículos. Despertar indignación, vale más que provocar desprecios. Los tiros en las calles, destruyen menos que las carcajadas...

Covadonga

Héme aquí, lector, en la asendereada «cuna de la Reconquista», en el paraje donde, si no miente el romance, 40 cristianos dieron fin de 400.000 moros, con el auxilio un tanto retrasado de la virgen, que bien pudo haber hecho en Guadalete ó Barbatelo lo que hizo aquí, con lo cual habría ahorrado á España ochocientos años de sangre, incendios, asolamientos, rapiñas y horrores. Y lo que coíea, porque dueña de su territorio la España cristiana, es evidente que no existiría el problema de Marruecos, ni al retraso de seis años en un milagro realizado hace doce siglos habría que cargarle en cuenta la campaña de Melilla...

Héme en Covadonga, repito. El paraje es de bárbara grandeza, no obstante los esfuerzos del hombre. La enorme cueva, los chorros de agua cayendo ensordecedores de la peña, los montes abruptos, el agrio desfiladero, las estrechas y revueltas cañadas, el río mugiente, la naturaleza adusta, en suma, dan verosimilitud á la más inverosímil leyenda.

Si en algún sitio un puñado de hombres pudo resistir y vencer á ejércitos victoriosos, bien armados, conducidos por jefes valerosos y diestros en la guerra, fué en este rincón áspero y rudo.

Peró—¡ay!—que la «piedad», una piedad aparatosa, redundante y cursi—¡cursi sobre todo!—mancilló la augusta grandeza de estos lugares, sin lograr en cambio hacer de Covadonga un Lourdes ni siquiera un Montserrat. ¡Sin las minas de Buferrera, el ferrocarril de Las Arriónidas á Repelao probablemente no podría vivir!

Para sentir en toda su intensidad la emoción que estos lugares deben despertar, hasta para comprender la leyenda, hay que hacer abstracción de los chirimbolos con que un patriotismo de zarzuela y una piedad de talco y lentejuelas emporcó lo trágicamente grande.

Un camarín de madera primoroso, lamidito y pintado de gris, que en vindicación del buen gusto pide un hacha justiciera; una b silba presuntuosa é impecable; caserones y hospederías de mazacote; un hotel digno de Charing Cross ó de la gare de Saint-Lazare; rampas limpias, enarenadas flanqueadas de muros perfectos; luz eléctrica; la austera tumba del héroe con tarjetas de visita; arrumacos baratos y chillones; flores de trapo; y Pelayo en vil escayola bronceada, muy cuidados los pliegues de la túnica, limpio el cabello y rizados los bucles con tenacillas, peinada y perfumada la barba, cubiertas con medias las viriles cerdas de las piernas... ¡Qué asco!

No; en estos parajes pelearon contra los árabes y los venciéron unos montañeses salvajes, feroces cazadores de osos, mandados por un macho de inculta pelambre y sucias barbas, cubierto de pieles, calzado de rudas abarcas, atadas á la negra y curtida piel por duras correas, armada la diestra de ancha y tosea espada y la siniestra de recio escudo de tablas y cuero.

A tal escénario tales actores. Y ¡pardiez! que éstos que yo veo aquí, sucios, malolientes, impetuosos, armados de palos, de piedras, de hondas, de espadas y lanzas y venablos de hierro forjado, guiados por un raro, anquilado con su indomable y ciego coraje un ejército aguerrido y provisto hasta de temerarios y mortíferos ingenios, son más grandes y más verdaderos que aquellos que miente un arte ruin, sin asomo de virilidad.

Tenían razón aquellos salvajes, inconscientes restauradores de la España cristiana, como la tienen todos aquellos que defien-

den su territorio, su libertad y su civilización. Lo misero é ingrato de la naturaleza ambiente hicieron entre ellos casi imperceptible la diferencia de señores y siervos, y así, igualados por la común penuria, por el igual esfuerzo para conquistar el pan, y disputárselo á las alimañas que aun hoy pueblan la comarca, sentían bien el territorio, y como le sentían, le defendían todos, hasta las mujeres y los niños, con las potencias de su alma y la fuerza de sus brazos y la rabia de sus corazones.

Ni pedían ni daban cuartel, ni era la suya guerra regular. Ni podía serlo, que solo los riscos y los desfiladeros y la gruta eran elementos que les igualaran con el ejército árabe, mandado por hombres expertos, bien armados, provisto, quizá, hasta de catapultas.

Se ve esto aquí claro, se ve más claro aún recorriendo la región pobre y árida, que explica bien aún hoy mismo la naturaleza de aquellos brutos que destruyeron un ejército invasor y fundaron una nación...

Al pensar, al ver todo esto, el viajero descubre su cabeza ante el austero sepulcro del hombre encarnación de aquel santo movimiento de defensa de un territorio, de una libertad y de una civilización.

Después, su pensamiento toma otros caminos. Piensa en lo conseguido en mil doscientos años, y...

Quédese para otro día lo que pensó

J. J. MORATO

Las escuelas láicas

Nos lo ha dicho el gobierno: el incendio de los conventos de Barcelona se debe á las escuelas láicas; las protestas contra la guerra, al antimilitarismo de algunas máximas de los libros que allí se leían. Tan lince como Maura en la averiguación de la causalidad de las cosas era Santo Tomás, quien enseña que la fecundación de las mujeres se debe... ¡á los astros! Todo esto se demuestra en la ciencia de la *patología de la vida* y del mal de ojo de las brujas.

La Inquisición en España ha demostrado su excelentísimo nariz y su legendario cinismo: todo argumento sirve á su objeto. Maura y el Papa pudieron haber dicho: hasta que no vinieron las escuelas láicas no vino el terremoto de Messina; luego esas escuelas son las que trastornan las leyes naturales. Por causa de ellas hace calor en verano y frío en invierno, no llueve lo que es menester y en Suecia hay plaga de ratones. Por causas parecidas á estas los jueces del Papa sentenciaron á muerte en todos tiempos á millares de inocentes.

Harto saben jesuitas y mauristas que los incendiarios de Barcelona no proceden de las escuelas láicas; y tanto sabe el público que salían precisamente de las aulas de los escolapios y los jesuitas. No se contó como milagrosa la salvación de un escolapio anciano, al cual rodearon y salvaguardaron los incendiarios discípulos suyos, y se contó con permiso del capitán general en pleno terror autoritario?

El mayor apóstol del ateísmo en Cataluña no fué un discípulo de Odon de Buen, sino un padre escolapio: Gabarró. El que levantó bandera protestante contra el romanismo, no fué ningún alumno de Salmerón, sino otro escolapio: el Padre Cabrera. El que asombró al mundo con su sed de sangre en la *Commune* de París, no fué un Robespierre, sino un Padre del Oratorio de San Felipe: el Padre Le Bon. El escritor más libertino no ha sido Zola, sino un Padre jesuita: Prévost.

Peró ya que fingen ignorancia, los refrescaremos la memoria para evitar que los juramentos de esos guapos fariseos engañen á los inocentes que no tienen tiempo de hojear la Historia y de manosear la Filosofía.

No había escuelas láicas, y ya el globo había visto los pueblos entregarse al degüello de los frailes y al incendio de los conventos. De Francia les ha expulsado recientemente un clérigo: Combes. De Alemania les expulsó un fraile agustino: Lutero. De Suiza, un canónigo hijo de un notario eclesiástico: Calvino. De Inglaterra, un rey, el más docto en Teología: Enrique VIII.

De España expulsaron á los jesuitas, un franciscano arzobispo, el P. Eleta, y un rey, el más piadoso, Carlos III. De Italia los expulsó un Papa celoso, Clemente XIV, con aplauso de agustinos, dominicos, franciscanos y carmelitas. Quien en América mataba á los compañeros del P. Caravantes, eran los jesuitas; quienes perseguían como foragidos á los jesuitas, eran los capuchinos. Quienes arrastraban por la catedral al obispo Cardenas abrazado á la Custodia, haciéndole rodar á él y á Cristo sacramentado, no eran los sicarios del *Clot*; eran los hijos de San Ignacio. Quienes armaban conjuras contra el virrey de España y paseaban en mascarada al obispo de Puebla, no eran los de Figueras ó Mataró: eran los jesuitas. Quienes envenenaron á Clemente XIV, ellos fueron. Quienes armaron mil motines de quítera que estuvieron, ellos, ellos y jelllos... Incluso los sucesos de Bilbao: allí estaban los alumnos de Deusto azuzando las masas, por confesión pública de uno de ellos, el hermano Fuchs. Quienes hace pocos años tramaron una jugada de bolsa con un banquero de Barcelona

haciendo levantar una partida carlista, no eran Lerroux ni Emiliano Iglesias: era el padre Bocos y sus amigos de trascortina, conel banquero agente de las órdenes religiosas.

No se había fundado escuela laica alguna, y ya los carolinos de nuestras posesiones habían aprendido á lynchar jesuitas y al gobernador Posadilla (año 1887), por su sectarismo jesuítico contra el protestante Deane. Este sectarismo insensato levantó contra España el odio indígena, destruyeron el destacamento de nuestro ejército y nos ganamos fama de salvajes ante aquellos mismos salvajes indios. No fueron los radicales quienes enseñaron á los colonos de las Marianas en 1690 á limpiar el país de jesuitas, no dejando uno con vida y estableciendo un abismo de sangre entre la colonia y la metrópoli. No fueron las escuelas láicas las que produjeron la insurrección filipina, cuyo principal objeto y placer fué de poner en suplicio bestial los frailes de todas las razas.

¿Quién les había enseñado á tales gentes? Los frailes eran dueños absolutos de las escuelas, prensa, libros y cátedras; su poder era omnímodo; ejército y tribunales eran instrumentos suyos; su voluntad era ley del país. ¿En qué iglesias oyeron predicar el odio al fraile? En las de los frailes. ¿En qué escuelas se les enseñó á maldecirlos? En las de los frailes. ¿En qué moral fueron adiestrados en el horror, odio y rebeldía contra España? En la de los frailes. ¿Qué era menester para salvar el dominio de aquellos países y encaucarlos camino del progreso? Se había dicho mil veces, y una de ellas lo decía al ministro de Ultramar, el capitán Augusto Castro, en su Memoria sobre las Marianas: «Una sola cosa bastaría—decía—¡la libertad! Esta sola cosa pedían en Biacabatá los tagalos: ¡libertad! Esto pedían los carolinos: ¡libertad!»

Lo que antes se hizo en Filipinas, en Marianas, en Carolinas, en América, en todos los países españoles, ahora se hace en España y especialmente en Cataluña. Se ha matado la libertad, se ha llenado de frailes, se preconiza la inviolabilidad, supremacía y omnipotencia del fraile filipino; y los efectos son los mismos, idénticos... Es más: mientras no hubo escuelas láicas, los pueblos aprendían á arrasar conventos y á matar frailes al mismo tiempo; sólo después que ha habido escuelas láicas, los sediciosos han sabido respetar las personas... de los frailes...

El hecho es notorio y visible. Ellos se bastan para excitar el odio de muerte; lo que no saben es enseñar la moderación en el odio. Esta es la lección de la Historia.

S. PEY ORDEIX

En la Ciudad Santa

Para demostrar que en esto de respetar personas y cosas religiosas hemos formado siempre los españoles en primera fila, copio de la Historia de España de D. Modesto Lafuente esto que figura en las páginas 411 al 414 del tomo XI, referente al asalto y saqueo de Roma por las católicas tropas del católico condestable de Borbón, al servicio del católico rey Carlos I:

«Poca resistencia hallaron ya los vencedores para ir ganando y enseñoreando toda la población: de seis á siete mil romanos habían perecido, y 40.000 soldados sin jefe, feroces, libertinos y codiciosos, 40.000 bandidos recorrían desahoradamente las calles, las plazas y los templos de la ciudad santa, robando, saqueando, violando y degollando, sin perdonar ni edad, ni sexo, ni estado, ni clase, y tratando con igual brutalidad á hombres y á mujeres, á cardenales y á sacerdotes, á nobles y á plebeyos, á ancianos y á niños, á casados y á doncellas.

«Nos falta aliento, exclama al llegar aquí un historiador de nuestro siglo, para referir por menor tantos horrores. Atila, á la cabeza de sus hordas salvajes, había respetado á Roma, defendida por la majestad de sus pontífices; Alarico y Genserico la habían saqueado dos veces; pero las devastaciones de los godos y de los vándalos no tuvieron este carácter de licenciosa ferocidad, este tinte de impía y burlesca rabia que se mostró en el saco de Roma. Reservado estaba al siglo de los Médicis dar un espectáculo que no había visto el siglo vii: soldados ebrios de vino y de lujuria, cubiertos la cabeza con una mitra, una estola en sus corazas, amontonando su motín en los templos, haciendo de los altares una mesa para sus orgías, un lecho para sus liviandades: cardenales, aun de los del partido del emperador, paseados en asnos por una soldadesca desenfundada, abofeteados, torturados, obligados á comprar al precio de oro el resto de una vida que se les dejaba; conventos abandonados á la violación y al pillaje, esposas ultrajadas á presencia de sus maridos, hijas deshonradas á los ojos de sus madres. Por lo demás, estas sangrientas saturnales, duraron, no tres días, sino ocho meses; bajo la licencia, la avaricia y la crueldad, lo que dominaba era el odio contra el pontificado. Los escándalos dados á la cristiandad indignada desde lo alto de la cátedra de San Pedro, las tor-

pezas y los crímenes de Alejandro VI y de los Borgia habían dado su fruto: Roma y el pontificado, mirado con horror por la mitad de Europa, habían dejado de ser santos para el resto de ella. Mientras que los luteranos de Frundsberg proclamaban papa á Martín Lutero bajo los muros del castillo de Sant Angelo los españoles aplaudían las parodias burlescas de estos hugonotes que la Inquisición hubiera quemado en Sevilla; ellos recogían con sus fatigadas manos las víctimas que se les escapaban. Más licenciosos que crueles, más groseros que malvados, los alemanes se cansaban pronto de dar tormentos; hartos de vino y de lascivia, se dormían como muertos en los conventos de que habían hecho sus serrallos; pero los españoles eran desapiedadados: habituados desde la infancia al espectáculo del dolor en las fiestas de la Inquisición, parecían gozar más en los suplicios que en el vino y en la lujuria...» (1).

(1) El que hace esta triste descripción es Rossew Saint-Hilaire en el libro XXI, cap. 4 de su Historia de España.—En la historia de los Frundsberg, de donde parece que lo ha tomado, se dice (fol. 114 b): «Se ató á muchos cardenales, obispos y prebostes las manos á la espalda y se los paseó por las calles hasta que pagaran su rescate. Los templos y los conventos fueron saqueados, se robó los vasos sagrados, los ornamentos de las iglesias, etc. Todos los conventos fueron violentamente abiertos y despojados, las tumbas violadas, y se quitó al cadáver del papa Julio II un anillo de oro. Y do: estos excesos fueron cometidos por españoles é italianos: los españoles especialmente se excedieron con las mujeres y las doncellas á la vista de sus padres y amigos. Los alemanes se contentaron con comer y beber, y con módicas contribuciones, pero los soldados andaban sin freno, como que no tenían jefes.»

«Se calcula, añade en el folio 115 en diez millones lo que se robó en objetos de oro, de plata y de piedras preciosas...» «Los luteranos se pusieron los birretes de los cardenales, se vistieron sus largas vestiduras encarnadas, y recorrieron así las calles montados en jumentos, haciendo así bufonadas y mogigangas...»

«Duró esta obra no santa (dice nuestro obispo Sandoval) seis ó siete días, sin el primero, en que fueron hechos mayores fuerzas é insultos: de lo que aquí se puede decir. Todo esto padeció la triste Roma, y este fué el fruto que sacó Clemente VII, por su mala y ambiciosa condición, sin quererlo el emperador ni pasarle por el pensamiento.»

Puede verse sobre el asalto y saqueo de Roma á Guicciardini, libro XXIII.—Paolo Giovio, Vit. Colonn. Comentar. de capta urbe Romæ.—La Historia de los Frundsberg.—La de las Repúblicas italianas de Sismondi.—La de Napoleón, de Giannone.—La vida de Carlos V, por Ulloa.—La Hist. de Italia, por Leo y Botta, libro IX, c. 4.—Sandoval, Robertson y otros historiadores modernos.

En unas cartas escritas al canciller Gattinara por persona que se hallaba en Roma en aquel tiempo, y que se conservan en el Archivo de Simancas, se ven confirmados todos los horrores de aquel terrible saqueo. «Y no crea V. S. (dice entre otros muchos cuadros que presenta) que se pueden decir ni creer las crueldades que se han hecho y se hacen de cada día si no se viese... que no ha bastado tomar los dineros y la ropa, sino prendernos á todos para rescataarnos después y sacar á vender á las plazas á muchos hombres honrados», entre los cuales ha sido uno el obispo de Terrachina, que es un tudesco abreviador y clérigo de cátedra muy rico, que estaba para ser cardenal. Y cuando no había quien los comprase ó rescatare, los jugaban á los dados, así á español como á tudesco, sin exceptuar ninguna nación ni calidad de persona...» Dos fragmentos de estas cartas se insertaron en la Colección de documentos inéditos, tomo VII.

Roma, dice Artand de Montor en la Historia de Clemente VII, había sido saqueada por los gálos á los 372 años de su fundación; por A. arico, rey de los godos, el 24 de Agosto de 410 de la era cristiana; por Genserico, rey de los vándalos, en 455; por Odoacro en 467; por los ostrogodos en 536; por los godos, en 538; por Totila, rey de los godos, en 546, y otra vez en 17 de Septiembre de 548; por el emperador Constante II, el 5 de Julio de 663; por los lombardos en 750; por Astolfo, rey de la misma nación, en 773; por los saracenos de Africa, en 896; por el emperador Arnolfo en 936; y por el emperador Enrique IV, en 1084. Pero los excesos, las matanzas ejecutadas por el ejército de Carlos V hicieron olvidar á los romanos la rapacidad de los bárbaros que la habían despojado.

ACTOS PIADOSOS

Los carlistas se indignaron póstumamente por lo de los conventos en Barcelona, ofreciéndose á los frailes para defenderlos.

Estuvieron en su derecho y cumplieron con su deber; mas se descuidaron en lo de la indignación y en lo del ofrecimiento. Cuando comenzó á arder el primer edificio, entonces era la ocasión oportuna: habrían evitado, por lo menos, el que ardiesen tantos.

Peró, en fin, como la cosa no tiene remedio ya, ¿para qué hablar de ella?

De lo que sí voy á hablar, es de algo que á los carlistas se les olvidó cada vez que juzgan actos como el de Barcelona: que tienen el tejado de vidrio. Y para traerlos á la realidad, voy á citarles solamente un hecho.

No el de aquel niño que mataron á trabucazos en el Puig, porque al darle el alto entre palabras mal sonantes, dejó correr el caballo que montaba...

Ni el de aquel desgraciado vecino de San Celoni á quien se entretuvieron en arrancarle los ojos antes de fusilarlo...

Ni el de aquellos tres jóvenes, casi tres niños, de Taradell, á quienes asesinaron delante de sus familias, porque se negaban á seguirlos...

Ni el de aquel guarnicionero asesinado, al par que un hijo suyo, en Igualada...

Ni el de aquellos dos niños de unos cuatro años, de Igualada también, que estaban acurrucados en un portal llorando porque su padre había empuñado el fusil dejándolos solos, y á los que estrellaron contra un balcón de la casa de enfrente...

Ni el de aquellas mujeres de los voluntarios asesinadas en la misma población, y

¡quello niños de teta pasados á cuchillo en los pechos de sus madres...

Ni el de aquel peón caminero que conducía una de las facciones vizcainas dentro de un jergón, parándose de trecho en trecho para abofetearle y pincharle...

Ni el de aquel infeliz á quien en Figaró agasajaron y le dieron de comer en abundancia para gozarse luego en su sorpresa al decirle que iba á ser fusilado, como lo fué...

Ni el de aquel jefe de la estación de Malgrat, á quien delante de su esposa y de sus hijos, que de rodillas imploraban por él, fué asesinado, llevando después el escarnio hasta conducir su cadáver á la cárcel y enerrarlo allí...

Ni el de tantos y tantos crímenes como se registraron en las páginas sangrientas de la historia del carlismo...

No, ninguno de estos es.

El hecho que voy á narrar es más cruel, más horrible, más inhumano, porque no es la muerte, es algo peor; es la vergüenza, es la deshonra, es la angustia, es la agonía prolongada...

El hecho que voy á recordarles á los carlistas es este, referido por *El Diario de San Sebastián* en 1.º de Agosto de 1874:

«Tres desgraciadas mujeres, esposas dos de ellas de miqueletes de la provincia de Guipúzcoa, y madre la otra de tres individuos del mismo instituto, sufrieron un martirio horrendo por las calles de Tolosa.

Habían sido presas por el único delito de ser madres y esposas, y se iba á hacer con ellas un escarmiento, paseándolas por la población; la noticia, circulando de boca en boca, atraía un gentío inmenso hacia el sitio de donde había de salir la procesión inquisitorial.

Salí por fin. Unos cuarenta carlistas sin armas, pobre y sucientemente uniformados, rompían la marcha, precedidos de una turba de niños. Tras de ellos marchaban las tres infelices, en un estado que daba horror y congoja verlas. Desnudas desde la cintura para arriba, cortado el cabello y afeitada la cabeza, las habían untado de miel, cubriéndolas por completo de plumas. Tres monstruos parecían, no tres seres humanos.

Montadas en burros, y con una pandereta en la mano que para mayor escarnio las obligaban á tocar, marchaban entre bayonetas en medio de aquella procesión, recibiendo los insultos de una muchedumbre estúpida y fanatizada, que se agolpaba por las calles á su paso, engrosando después la comitiva.

A su lado marchaba el pregonero encargado de leer de trecho en trecho la condena infamatoria, y detrás el tamboril entonando un aire provocativo é insultante.

Aquella muchedumbre reía al presenciar el espectáculo, y no contentos todavía, los más audaces ó los más depravados dirigían á su paso á las víctimas chanzas sangrientas que aumentaban la mofa y el escarnio.

Así recorrieron las calles principales de la población.

Por fin llegaron á la plaza pública, en donde las víctimas expiatorias creían terminado aquel martirio mil veces más cruel que la muerte; y aquellas masas enfurecidas, al comprender que se les escapaban con vida y deseos de alargar su diversión, prorrumpían en bárbaros gritos:

—¡Paluac oraín, paluac! (¡Apalearlás, apalearlás ahora!)

—¡Paluac oraín ta guero lao tiro! (¡Apalearlás ahora y después fusilarlas!)

Partido que tiene en su historia innumerables hechos parecidos á ese, debería ser todo lo duro que quisiera en la censura, pero á la vez comedido en la expresión. Mas advierto que le he pedido lo que no puede conceder. Y corto aquí.

Afición española

El auto de fe celebrado en la plaza Mayor de Madrid en Junio de 1680 es una pequeña muestra de que la afición al fuego ha estado siempre entre nosotros tan arraigada como la de los toros.

No pasaré á describirlo, porque no hace á mi propósito, mas publicaré á continuación los nombres de quienes fueron quemados, después de castigar á sesenta y cinco con penas de cárcel perpetua, destierro, azotes, galeras, confiscación de bienes, habiendo entre ellos ancianas de setenta y siete años, como Felipe Nogueira, y jóvenes de quince, como Menora de Robles, y por los delitos de «judaizante confite, vario y revocante»:

«Reos quemados en estatua, que habiendo muerto en las cárceles secretas de la Inquisición, habían abjurado antes sus errores y recibido los Sacramentos, no por eso libraron su nombre de la infamia, ni sus huesos del fuego.

Francisco de Medina, alias Francisco Luis

Bartolomé, alias Abran Jacob de Medina, alias don Francisco Diamante, de treinta años, judaizante, arrepentido, absuelto, sacramentado, enterrado en sepultura eclesiástica, y sin embargo, confiscados sus bienes y quemados sus restos.

Constanza Hernández, de setenta años, «hereje alumbrada y embustera»; lo mismo que el anterior.

Reos quemados en estatua por judaizantes fugitivos

Antonio de Vergara, doctor en Medicina; Francisco de León, anteojero; Leonor Núñez, su mujer; D. Rodrigo del Caño, don Cristóbal del Caño, D.ª Luisa de Castro, su mujer; Francisco Díaz de Silva, Melchor Ruiz, especiero; Ana González, su mujer; Diego Núñez Chacón, mercader; Leonardo Rivera, alias Daniel Gómez, alias Abran Gómez Brito; D. Gabriel de Salazar, don Andrés de Salazar, su hermano; María López, Luis Enríquez, Juana López, Pascual Núñez, Francisco Navarro de Acuña, María Méndez, Francisco Mochado, Francisco Rodríguez Castellanos, Beatriz López, su mujer.

Reos quemados en estatua por herejes

Antonia Hernández (hija de la ya citada Constanza Hernández), de cincuenta años, «hereje, alumbrada y supersticiosa»; había muerto en las cárceles secretas de la Inquisición de Córdoba (pertinaz en sus errores); fueron traídos sus huesos á Madrid para quemarlos.

Marcos de Segura Castellano Casarrubia, de setenta y cinco años, «hereje que negaba el purgatorio, y relapso en el mismo error y otros», había muerto en la misma Inquisición.

Difuntos relajados por judaizantes

Diego Gómez de Salazar, alias Abran Gómez de Salazar, reconciliado por la Inquisición de Toledo en 1667, fugitivo, judaizante, relapso, fallecido en Bayona; D. Pedro Salazar, su hijo, difunto; Francisco Suárez, alias Abran Suárez, de cincuenta años, muerto en la Inquisición de Granada, se le quemaron los huesos; Catalina Rodríguez, alias la Pasquina, de setenta años, reconciliada en Coimbra, muerta en la Inquisición de Santiago, se la quemaron los huesos en Madrid; Catalina Antonia, «judaizante, relapsa, convicta, negativa», lo mismo que la anterior; Albar López, de treinta y nueve años; Juan de España Sotomayor, alias Pedro Prieto, de cincuenta y seis años; Isabel López Artul, judaizante pertinaz, había muerto en la Inquisición de Santiago á los cuarenta años, «negativa».

Reos quemados en persona

Francisco de Salinas, alias Francisco de León, de veintiséis años, por judaizante relapso confite.

Antonio Enríquez, de cincuenta y dos años; por lo mismo.

Francisco Enríquez del Valle, de sesenta y seis años; por lo mismo.

María Enríquez, alias María López, su mujer, de cuarenta y tres años, por lo mismo.

Violante Enríquez su hermana, de cuarenta y un años; «por judaizante, observante de la ley de Moisés, relapsa, convicta y negativa».

Felipa López de Redondo (madre de las anteriores), «de más de sesenta años; por judaizante relapsa confite».

Ana de Vargas, alias Ana Gómez, alias López, de cincuenta y dos años; por lo mismo.

Manuel Suárez de Fonseca, de treinta años; por lo mismo.

Antonio Vicente, alias Jacobo Gabai, de treinta y cinco años; «por apóstata, rebaptizado, rejudaizante, vario y diminuto».

Francisco Ferrer, de treinta y cuatro años; «por apóstata, rebaptizado rejudaizante, vario, diminuto y negativo».

Manuel Luis Gutiérrez, de treinta y seis años; por judaizante relapso confite.

Simón Diego de Morales, de treinta y ocho años; por judaizante pertinaz.

Baltasar López Cardoso, de treinta y tres años; por lo mismo (salió al Auto amordazado).

Felipa López, su sobrina, de treinta años; por lo mismo (salió con mordaza).

Luis Sarabia, de veintisiete años; por lo mismo (salió amordazado).

Gaspar de Robles, de veintiocho años, por lo mismo (salió amordazado).

Pedro Vicente, de veintisiete años; «por hereje, apóstata, rejudaizante, pertinaz» (salió al Auto con inscripción de relajado y mordaza).

Lázaro Fernández, mahometano, corsario renegado, de veintiocho años (salió con mordaza).

Pudiera dar muchas relaciones parecidas, mas por hoy basta con esa para muestra.

Página hermosa

En *Los Miserables*, de Víctor Hugo, libro I, capítulo X, figura la conversación sostenida por el obispo de Digne y un antiguo convencional moribundo. De ella traslado lo siguiente:

«—Habéis demolido, y eso puede ser útil, pero yo desconfío de las demoliciones verificadas por la cólera.

—El derecho tiene su cólera, señor obispo, y la cólera del derecho es un elemento del progreso. Dígame lo que se quiera, la Revolución francesa es el paso más grande que ha dado el género humano desde el advenimiento de Jesucristo. Es incompleta, es verdad, pero es sublime. Ha despejado todas las incógnitas sociales, ha dulcificado los espíritus, ha tranquilizado y ha ilustrado, haciendo correr por el mundo torrentes de civilización. La Revolución francesa es la consagración de la humanidad.

—¿Sí?... ¿Y el 93?... exclamó el obispo.

El convencional se enderezó en su asiento con solemnidad casi lúgubre, y cuanto pudo levantar la voz un moribundo, él la levantó, diciendo:

—¡Ah! ¡Ya pareció el 93!... Ya me lo esperaba. Durante mil quinientos años se ha estado formando un nublado; al cabo de quince siglos estalla la tormenta, y acusáis al rayo...

Conoció el obispo, tal vez sin confesarlo, que algo en él había recibido un ataque. Sin embargo, respondió sin desconcertarse:

—El juez habla en nombre de la justicia; el sacerdote en nombre de la piedad, que sólo es una justicia más alta. El rayo no debe equivocarse.

Después añadió mirando con fijeza al convencional:

—¿Luis XVII?

El convencional extendió la mano y cogió el brazo del obispo:

—¿Luis XVII? Veamos por quién lloráis. ¿Por el niño inocente? Entonces lloro con vos. ¿Por el niño real? Entonces os suplico que reflexionéis. A mis ojos, el hermano de Cartouche, niño inocente, colgado por los sobacos en la plaza de la Grève hasta que el suplicio le produjese la muerte, por el crimen de ser hermano de Cartouche, no es menos digno de compasión que el nieto de Luis XV, martirizado en la torre del Temple por el único crimen de haber sido nieto de Luis XV.

—Señor mío—le contestó el obispo,—no me parecen bien las proximidades de ciertos nombres.

—¿Cartouche? ¿Luis XV? ¿Contra cuál rellamáis?...

Hubo una pausa prolongada en el diálogo. El obispo casi se arrepentía de su visita, pero á la par se sentía vaga y extrañamente conmovido.

El convencional continuó:

—Veo que al sacerdote no le gustan las asperezas de la verdad y á Jesucristo le complacían. Tomaba el látigo y limpiaba el templo. Su látigo producía relámpagos de verdades. Cuando exclamaba: *Simili parentes...* no distinguía entre los niños. No se hubiera incomodado porque se comparase al delfín de Barrabás con el delfín de Herodes. La inocencia lleva en sí misma la corona y nada gana por ser alta; tan augusta es con andrajos como adornada con flores de lis.

—Es verdad—contestó el obispo en voz baja.

—Habéis nombrado á Luis XVII—siguió diciendo el convencional,—pues entendámonos. Lloremos por todos los inocentes, por todos los mártires, por todos los niños, por los altos y por los bajos, pero remontémonos más allá del 93, pues debemos empezar á derramar lágrimas antes de Luis XVII. Lloraré con vos por todos los hijos de los reyes, si vos lloráis conmigo por todos los hijos del pueblo.

—Yo lloro por todos—respondió el obispo.

—Igualmente?... ¿Y si ha de inclinarse á un lado la balanza será por el lado del pueblo, porque es el que está padeciendo mucho más tiempo?... ¿Dijisteis que el 93 fué inexorable?

—Inexorable, sí. ¿Qué pensáis de Marat aplaudiendo á la guillotina?

—¿Y qué pensáis de Bossuet cantando el *Te Deum* en loor de las dragonadas contra los protestantes?

La contrapregunta era dura, pero llegaba recta al blanco con la rigidez de una punta de acero. Se estremeció el obispo y no se le ocurrió ninguna réplica, escociéndole además el modo irrespetuoso de citar á Bossuet.

El convencional empezaba á respirar difícilmente; el asma de la agonía, que se presenta en los últimos momentos, le entrecortaba la voz, pero se veía aún en sus miradas la perfecta lucidez de la inteligencia. Continuó hablando del modo siguiente:

—Independientemente de la revolución, que, considerada en su conjunto, es una inmensa afirmación humana, el 93 es una réplica. Os parece inexorable, pero, ¿no lo ha sido la monarquía? Carrier es un bandido; ¿qué nombre dais á Montreuil? Fouquier-Tinville es un pícaro; ¿qué opinión de Lamignon-Baville? Maillard es horrible, y Saulx-Tavannes? El padre Duchesne es feroz, y cómo se califica al padre Letellier? Jourdan-Coupe-Tête es un monstruo, pero aún lo es más enorme el marqués de Louvois. Compadeceos á María Antonieta, archiduque-

sa y reina, pero también me inspira compasión aquella pobre mujer hugonote, que en 1685, en la época de Luis el Grande, estando dando el pecho á su hijo la ataron á un poste, desnuda hasta la cintura, separándola de su hijo y poniéndoselo á alguna distancia. El verdugo decía á aquella mujer, madre y nodriza: ¡Abjura! dándole á escoger entre la muerte de su hijo y la abjuración. ¿Qué decís de este suplicio de Tántalo aplicado á una madre? Abrevio y concuyo. Todo está en mi favor y además, me muero.

Dejando de mirar al obispo el convencional, terminó su pensamiento con estas tranquilas palabras:

—Sí; las brutalidades del progreso se llaman revoluciones; pero cuando aquellas terminan, se ve que ha sido maltratado el género humano, pero que ha adelantado en su camino.

Así se predica y se practica la tolerancia religiosa, señores clericales.

Podando

Con tal título publicó un artículo *La Epoca* (5.ª columna, 1.ª plana, del número correspondiente al 3 de Abril de 1900), en el cual decía:

«En casi todos los jardines y paseos ofrece la actualidad esta nota. Encaramados en los troncos, los obreros cortan y talan con seguros golpes, preparando los árboles para recibir la oleada de savia de la nueva primavera. Bajo el hacha ó la tijera, las ramas enfermas y las ramas inútiles van cayendo lentamente, para que no roben salud y lozanía al árbol que la primavera ha de coronar con espléndido ramaje de esmeralda...

Tiene la poda carácter de operación quirúrgica; el hacha y la tijera hacen oficios de bisturí. Como el cirujano, el agricultor sacrifica las ramas enfermas en beneficio de las sanas, para evitar el contagio y conservar la vida en todo su esplendor. Sólo así podrá el tronco resistir la fatiga de los años, aprovechando la redentora savia que la tierra, fecundada por las lluvias, le envía; sólo así podrá evitarse la ruina que el ramaje excesivo producirá sin remedio.

Aplicadas á todos los órdenes de la vida y á todos los organismos, el hacha y las tijeras producirían considerables beneficios. La poda es un elemento de regeneración. Si se cortaran todas las ramas enfermas y todas las ramas inútiles que chupan la savia sin producir jamás, algo más medraría el tronco enfermo del organismo social, abrumado por una carga inmensamente mayor que la que puede soportar.

En esas líneas del más autorizado de los periódicos conservadores está entero mi programa. «Podar, podar mucho, y pronto, y sin descanso.

Abajo las ramas enfermas é inútiles que chupan la savia sin producir jamás, para que medre el tronco enfermo del organismo social abrumado por una carga inmensamente mayor que la que puede soportar.»

Algo de Estadística

En el número 19 de *EL MOTIN*, correspondiente al 15 de Junio de 1899, publiqué una relación de los conventos y edificios religiosos que había en Madrid señalando las calles en que estaban. Produjo gran efecto.

Y esto me sugirió la idea de dirigirme á mis lectores, pidiéndoles datos acerca de los que existían en sus localidades respectivas, y poco á poco pude ir formando una estadística, que comencé á insertar en el número de 7 de Abril de 1900, comenzando por Bilbao.

En estos dos meses de suspensión voluntaria, y por aquello de que cuando el diablo no tiene que hacer, con el rabo mata moscas, he dedicado mis ocios á reunir y clasificar los datos que sobre el asunto conservaba, á fin de irlos publicando poco á poco.

Mas como desde la fecha en que los pedí ha aumentado prodigiosamente el número de gentes religiosas y caído sobre España las Congregaciones expulsadas de la vecina república, ruego á mis lectores que se sirvan ir completando la relación, para ver si así podemos llegar al conocimiento exacto, ó aproximado por lo menos, de los edificios religiosos que existen actualmente en España, ya que no hay manera de saberlo oficialmente, diciéndome á la vez el número aproximado de individuos que cada uno contenga.

También les ruego que me envíen la rectificación de los errores y la nota de las omisiones que seguramente habrá en la relación que inserto, á la que seguirán las de todas las provincias.

Excuso encarecer la mayor exactitud en los datos, dada la importancia de este trabajo que he emprendido.

Y después de esta explicación, á la vuelta comienzo á insertar los apuntes que tengo,

Provincia de Madrid

FRAILES

Carabanchel Alto.—Asilo de San José.
—Hospitalarios de San Juan de Dios.
Carabanchel Bajo.—Escuela-Reformato-
rio de Santa Rita.—Santa Rita.
Pinto.—Asilo de San Rafael.—San Ra-
fael.
Alcalá de Henares.—Oratorio de San Fe-
lipe.—San Felipe.
Idem.—Colegio de Escolapios.—Escolapios.
Ciempozuelos.—San Juan de Dios.—San
Juan de Dios.
Chamartín de la Rosa.—Sagrado Cora-
zón de Jesús.—Jesuitas.
Getafe.—Monasterio del Val de San Jo-
sé.—Cistercienses.
Idem.—Escuelas Pías.—Escolapios.
Valdemoro.—Casa-Residencia.—Paúles.
Hortaleza.—Convento de la Misión.
—Paúles.
Paracuellos de Jarama.—Casa-Misión.
—Paúles.
El Pardo.—Convento de Capuchinos.
—Capuchinos.
San Lorenzo.—Universidad.—Agustinos.
Idem.—Real Colegio.—Agustinos Matri-
tenses.
Idem.—Real Monasterio.—Agustinos.

MONJAS Y HERMANAS

Villaverde.—Convento.—Hermanas del
Sagrado Corazón de Jesús.
Alcalá de Henares.—Convento.—Fili-
pensas.
Idem.—Convento de las Siervas.—Sier-
vas de María.
Idem.—Santa Catalina.—Dominicas.
Idem.—Santa Clara.—Clarisas.
Idem.—Santa Magdalena.—San Agustín.
Idem.—Asilo de San Bernardino.—Her-
manas de la Caridad.
Idem.—Casa-Asilo.—Hermanas de la Ca-
ridad.
Idem.—Corpus Christi.—Carmelitas.
Idem.—Santa Ursula.—Concepcionistas.
Idem.—Penitencia de Mujeres.—Her-
manas de la Caridad.
Idem.—Convento de Carmelitas.—Car-
melitas.
Idem.—San Bernardo.—Bernardas.
Idem.—San Juan.—San Francisco.
Idem.—San Diego.—San Francisco.
Aranjuez.—San Pascual.—San Francisco.
Idem.—Hospital de San Carlos.—Paúles.
Idem.—Colegio de María Cristina.—Sa-
grada Familia.
Ciempozuelos.—Colegio de Oblatas.—
Oblatas.
Idem.—Convento Santa Clara.—Santa
Clara.
Idem.—Convento de Hospitalarias.—San
Juan de Dios.
Idem.—Manicomio.—Sagrado Corazón de
Jesús.
Arganda.—Convento de San José.—Sier-
vas de San José.
Boadilla del Monte.—Convento de Car-
melitas.—Carmelitas.
Canillas.—San José.—San Vicente de Paúl.
Carabanchel Alto.—Colegio Dulce Nom-
bre de María.—Escolapios.
Carabanchel Bajo.—Colegio de Niñas.
—San Vicente de Paúl.
Idem.—Inclusa y Colegio de la Paz.—San
Vicente de Paúl.
Idem.—Colegio de Niñas.—Idem.
Idem.—Colegio de la Unión.—Idem.
Idem.—Asilo de Inválidos.—Idem.
Idem.—Convento de Clarisas.—Clarisas.
Idem.—Hospital Militar.—San Vicente de
Paúl.
Colmenar de Oreja.—Convento de Re-
ligiosas.—Agustinas.
Cubas.—Santa Juana.—Sanjuanistas.
Chamartín de la Rosa.—Convento.—Sa-
grado Corazón.
Chinchón.—Convento de San Francisco.
—San Francisco.
Fuencarral.—Convento de Valverde.—
Calatravas.
Idem.—Divina Pastora.—San Francisco.
Hortaleza.—Noviciado de la Inmaculada
Concepción.—Sagrada Familia.
Griñón.—Convento de la Encarnación.
—San Francisco.
Leganes.—Manicomio de Santa Isabel.
—San Vicente de Paúl.
Loeches.—Convento Santo Domingo.—
Dominicas.
Idem.—Convento de Carmelitas.—Car-
melitas.
Pardo (El).—Convento del Pardo.—Con-
cepcionistas.
Pinto.—Convento San José.—Ursulinas.
Idem.—Convento de Capuchinas.—San
Francisco.
San Lorenzo.—Hospital.—Siervas de María.
Torrelaguna.—Convento de Concepcio-
nistas.—Concepcionistas.
Idem.—Convento de Carmelitas.—Car-
melitas.
Valdemoro.—Asilo de Huérfanos de la
Guardia civil.—San Vicente de Paúl.
Idem.—Hermanas de la Caridad.—Idem.
Idem.—Hermanas de la Caridad.—Idem.
Getafe.—Convento de la Inmaculada Con-
cepción.—Sagrada Familia.

Madrid

FRAILES

Plaza de Jesús, 1.—Jesús.—Capuchinos.
Cañizares, 8.—Oratorio del Olivar.—San-
to Domingo.

Claudio Coello, 102.—Asilo de Huérfa-
nos del Sagrado Corazón de Jesús.—Her-
manas de la Doctrina Cristiana.
Fray Ceferino González, 15.—Pasión.
—Dominicos.
Isabel la Católica, 10 y 12.—Sagrado Co-
razón de Jesús.—Compañía de Jesús.
Don Evaristo, 19.—Convento de Carme-
litas.—Carmelitas.
Bravo Murillo, 104.—Escuelas Cristia-
nas.—Hermanas de las Escuelas cristianas.
Raimundo Lulio, 8.—Escuelas Cristia-
nas.—Hermanas de las Escuelas cristianas.
Valverde, 17.—Oratorio del Espíritu
Santo.—Agustinos.
Rafael Calvo, 1.—Residencia.—Oblatos.
Lista, 33.—Residencia de Agustinos.
Cisne, 34.—San Fermín de los Navarros.
—Franciscanos.
García de Paredes, 41.—San Vicente de
Paúl.—Paúles.
Manuel Silvea.—Santuario del Perpetuo
Socorro.—Redentoristas.
Hortaleza, 69.—Escuelas Pías de San
Antón.—Escolapios.
Beneficencia, 8.—Escuelas Católicas de
la Concepción.—Hermanas de la Doctrina
Cristiana.
General Porlier, 2.—Beato Orozco.—San
Agustín.
Echegaray, 32.—San Ignacio.—Trinita-
rios.
Fortuny, 5.—Agustinos Filipinos.—San
Agustín.
Germán González.—Asilo de Santa Susa-
na.—Hermanas de las Escuelas cristianas.
Caballero de Gracia, 38 al 42.—Sagrado
Corazón.
Claudio Coello, 104.—Santo Domingo el
Real.—Santo Domingo.
Zorrilla, 1 y 3.—San Luis Gonzaga.—Je-
suitas.
Mendizábal, 66.—Corazón de María.
Mesón de Paredes, 84.—Escuelas Pías.
—Escolapios.
Peñuelas, 20.—Escuela Católica.—Doc-
trina Cristiana.
Plaza del Conde de Miranda, 2.—Resi-
dencia de los Redentoristas.
San Rafael, 1.—Doctrina Cristiana.
Príncipe, 31.—Trinitarios.
Alberto Aguilera, 25.—Convento-Univer-
sidad.—Jesuitas.
Gardilaso.—Redentoristas.
San Justo, 4.—Redentoristas.
Leganes, 58.—Capuchinos.
Paseo de Recoletos, 15.—Agustinos.
Atocha, 17.—Salesianos.
Buen Suceso, 18.—Corazón de María.
Amor de Dios, 4.—Maristas.
Juan Bravo.—Residencia de Recoletos.
Paseo de las Acacias, 6.—San Juan de
Dios.
Calle de Columela, 7.—Agustinos
Misericordia, 4.—Franciscanos.
O'Donnell, 3.—Camilos.
Paseo de la Castellana, 60.—Capuchinos.

MONJAS Y HERMANAS

Isabel la Católica, 6.—Vallecas.—Ber-
nardas.
Quiñones.—Cárcel de Mujeres.—Hijas de
la Caridad.
Puerta San Vicente.—Asilo de Lavande-
ras.—Idem.
Tutor, 34.—Sagrado Corazón de Jesús.
—Idem.
Buen Suceso, 8.—Asilo de Ancianos.—
Idem.
Flor Baja, 22.—Residencia.—Hermanitas
de los Pobres Desamparados.
Duque de Osuna, 5.—Casa-Residencia.
—Adoratrices.
Leganes, 13.—Casa-Residencia.—Santo
Angel de la Guardia.
Rejas, 1.—Convento del Santo Angel de
la Guardia.—Angelinas.
Plaza de la Encarnación.—Convento de
la Encarnación.—Agustinas.
Torija, 14.—Reparadoras.—María Repa-
radora.
Leganes, 44.—San Dionisio.—Sagrado
Corazón de Jesús.
Marqués de Urquijo.—Casa-Asilo.—Tri-
nitarias.
San Leonardo, 7.—Nuestra Señora de los
Dolores.—Servitas.
Don Evaristo, 22.—Casa-Residencia.—Es-
colapios.
Plaza de las Comendadoras.—Comenda-
doras de Santiago.—Agustinas.
Plaza de las Comendadoras.—Maravillas.
Carmelitas.
San Vicente, 61.—Convento de Capuchi-
nas.—Capuchinas.
Plaza del Conde Toreno, 2.—Convento
de la Concepción.—Idem.
Moncloa.—Asilo Santa Cristina.—San Vi-
cente de Paúl.
Amaniel, 11.—Hospital de Jesús Naza-
reno.—Hermanas de la Caridad.
Valle Hermoso.—Asilo de San Bernardi-
no.—Hijas de la Caridad.
Bravo Murillo, 42.—Refugio; Sociedad
Protectora de Niños.—San Vicente de Paúl.
San Bernardo, 82.—Visitación; 2.º Mo-
nasterio.—Salesas de la Visitación.
San Roque.—San Plácido.—Benedictinas.
Blasco Garay, 33.—Casa de Religiosas.
—Franciscanas.
Alberto Aguilera, 1.—Hospital de la
Princesa.—Hijas de la Caridad.
Bravo Murillo, 112.—Comendadoras de
San Fernando.—San Fernando.
San Bernardo, 95.—Casa-Residencia.
—Nuestra Señora de la Esperanza.
Plaza de las Descalzas.—Descalzas Rea-
les.—Clarisas.

Silva, 46.—Casa-Residencia.—Redento-
ristas.
Santa Feliciano, 5.—Asilo de San Fer-
nando.—Siervas de María.
Sagunto, 4.—Escuela de la Purísima Con-
cepción.—San Vicente de Paúl.
Don Juan de Austria, 1.—Casa-Colegio.
—Hermanas de la Caridad.
Santa Engracia, 14.—Salesas Reales.—Sa-
lesas.
Eloy Gonzalo.—Hospital Homeopático.
—Hijas de la Caridad.
Puebla, 20.—Casa del Refugio.—Idem.
Puebla, 1.—Don Juan de Alarcón.—Mer-
cenarias.
Cardenal Cisneros, 50.—Casa-Colegio.
—Hijas de Cristo.
Albuquerque.—Asilo de Huérfanos.—San
Vicente de Paúl.
Hortaleza, 112 y 114.—Santa María Mag-
dalena.—Franciscanas.
Plaza Chamberí.—Casa-Convento.—Sier-
vas de María.
Santísima Trinidad.—San Vicente.—San
Vicente de Paúl.
Almagro, 3.—Asilo de Pobres.—Herma-
nas de la Caridad.
Santa Engracia, 123.—Escuela de Niñas.
—San Vicente de Paúl.
Paseo del Obelisco, 6.—Casa-Convento.
—Corazón de Jesús.
Fernando VI, 17.—Casa-Residencia.—Es-
clavas de Jesús.
Don Ramón de la Cruz.—Santo Domingo.
—Dominicas.
Paseo Recoletos, 11.—San Pascual.—Con-
cepcionistas.
Prosperidad.—Noviciado Hermanas de los
Pobres.—Hermanitas de los Pobres.
Fuencarral, 115.—Casa-Colegio.—Sagra-
do Corazón de Jesús.
Fuencarral, 113.—Casa-Asilo.—Inmacu-
lada Concepción.
Fuencarral, 84.—Hospicio.—San Vicente
de Paúl.
Santa Engracia, 110.—Colegio de la Di-
vina Pastora.—Franciscanas.
Ponzano, 55.—Santa Teresa.—Carmelitas.
Hortaleza, 81 y 83.—Santa Isabel.—San
Vicente de Paúl.
Lista, 8.—Casa de las Jerónimas.—San
Jerónimo.
Príncipe de Vergara, 25.—Colegio de Lo-
reto.—Ursulinas.
Torrijos, 31.—Convento de Santa Ana.
—Carmelitas.
Príncipe de Vergara, 17.—Casa-Salud de
Nuestra Señora del Rosario.—Santa Ana.
Claudio Coello, 94.—San Luis de los
Franceses.—San Vicente de Paúl.
Claudio Coello, 114.—Santo Domingo El
Real.—Santo Domingo.
O'Donnell, 15.—Colegio de Nuestra Seño-
ra de Loreto.—Asuncionistas.
Paseo de Ronda.—Hospital de San Juan
de Dios.—Santa Ana.
Góngora, 1.—Las Góngoras.—Mercena-
rias.
Villanueva, 25.—Colegio de María Tere-
sa.—Teresianas.
General Pardiñas, 20.—Convento de San
Agustín.—Agustinas.
Blas.—San Vicente de Paúl.
Lope de Vega, 18.—Casa de las Religio-
sas.—Trinitarias.
Jesús, 3.—Noviciado Hijas de la Caridad.
Atocha.—Hospital de San Carlos.—San
Vicente de Paúl.
Goya, 53.—Beato Orozco.—San Agustín.
Núñez de Balboa.—Asilo de las Mercedes.
—San Vicente de Paúl.
Agustín Durán.—Dulce Nombre de Jesús.
—Hijas de la Caridad.
Caballero de Gracia.—Casa del Sagrado
Corazón de Jesús.—Sagrado Corazón de
Jesús.
Travesía del Fúcar, 24.—Colegio de San
Zurita, 32.—Asilo de Santa Teresa.—
Siervas de María.
Jesús, 3.—Noviciado Hijas de la Caridad.
Atocha.—Hospital de San Carlos.—San
Vicente de Paúl.
Florín, 2 duplicado.—Casa-Residencia.
—Siervas de San José.
Santa Isabel, 52.—Hospital General.—Hi-
jas de la Caridad.
Santa Isabel, 5.—Casa-Residencia.—Idem.
Santa Isabel, 46.—Colegio de Santa Isa-
bel.—Nuestra Señora de la Asunción.
Santa Isabel, 48.—Santa Isabel.—San
Agustín.
Atocha, 117.—Hospital del Carmen.—San
Vicente de Paúl.
Toledo, 60.—Latina.—Franciscanas.
Carretera de Extremadura.—Casa-Asilo.
—Divina Pastora.
Codo, 6.—Carboneras.—Jerónimas.
Sacramento, 7.—Santísimo Sacramento.
—Bernardas.
Cabeza, 8.—Asilo de Huérfanos Pobres.
—Sagrado Corazón de María.
Ronda de Vallecas.—Hospital del Niño
Jesús.—San Vicente de Paúl.
Embajadores, 41.—Casa-Maternidad.—Hi-
jas de la Caridad.
Mesón de Paredes, 39.—Santa Catalina
de Sena.—Dominicas.
Canarias, 3.—Casa de Oblatas.—Oblatas.
Mesón de Paredes, 88.—San Alfonso.
—San Vicente de Paúl.
Don Pedro, 8.—Sagrado Corazón de Je-
sús.—San Vicente de Paúl.
Plaza San Francisco el Grande.—Colegio
del Carmen.—Carmelitas.
San Bernabé, 13.—Hospital de la Vene-
rable Orden Tercera.—San Vicente de Paúl.

Provincia de Barcelona

FRAILES

Barcelona.—Convento.—Franciscanos.
Idem.—Convento.—Camilos.
Idem.—Convento.—Carmelitas.
Idem.—Convento.—Capuchinos.
Idem.—Convento.—Dominicos.
Idem.—Casa-Residencia.—Escuelas cris-
tianas.
Idem.—Casa-Residencia (segundo).—Escue-
las cristianas.
Idem.—Casa-Colegio.—Escuelas cristianas.
Idem.—Casa-Residencia (tercero).—Escue-
las cristianas.
Idem.—Casa-Residencia.—Escolapios.
Idem.—Casa-Residencia (segunda).—Esco-
lapios.
Idem.—Casa-Colegio.—Escolapios.
Idem.—Casa-Residencia.—Hospitalarios de
San Juan de Dios.
Idem.—Casa-Colegio.—Jesuitas.
Idem.—Casa-Residencia.—Maristas.
Idem.—Convento.—Maristas.
Idem.—Casa-Colegio.—Maristas.
Idem.—Convento.—Misioneros del Sagrado
Corazón de Jesús.
Idem.—Casa-Residencia.—Misioneros del
Inmaculado Corazón de María.
Idem.—Casa-Residencia.—Misioneros del
Corazón de María.
Idem.—Casa-Colegio.—Paúles.
Idem.—Casa-Colegio.—Instituto de la Sa-
grada Familia.
Idem.—Casa-Residencia.—Instituto de la
Sagrada Familia.
Idem.—Casa-Residencia.—Salesianos.
Idem.—Convento.—San Felipe Neri.
Idem.—Convento (segundo).—San Felipe
Neri.
Idem.—Casa-Residencia.—Agustinos.
Idem.—Casa-Residencia.—Mercenarios.
Manresa.—Casa-Residencia.—Maristas.
Idem.—Misioneros de la Cueva.—Jesuitas.
Idem.—Casa-Residencia.—Capuchinos.
Mataró.—Casa-Colegio.—Escolapios.
Idem.—Casa-Colegio.—Maristas.
Molins de Rey.—Convento.—Sagrada Fa-
milia.
Monistrol.—Monasterio de Montserrat.—
Benedictinos.
Moyá.—Casa-Convento.—Escolapios.
Alella.—Casa-Colegio.—Maristas.
Arenys de Mar.—Convento.—Francisca-
nos.
Idem.—Escuela de niños.—Escuelas cris-
tianas.
Calella.—Casa-Residencia.—Escolapios.
Canet de Mar.—Casa-Residencia.—Maris-
tas.
Castellar.—Casa-Residencia.—Escolapios.
Centellas.—Casa-Colegio.—Maristas.
Esparraguera.—Casa-Colegio.—Benedic-
tinos.
Igualada.—Casa-Residencia.—Maristas.
Idem.—Convento.—Capuchinos.
Idem.—Casa-Colegio.—Escolapios.
Malgrat.—Casa-Colegio.—Maristas.
Manlleu.—Casa-Colegio.—Escuelas cris-
tianas.
Villafraanca del Panadés.—Casa-Convento.
—Sagrada Familia.
Olesa de Montserrat.—Convento.—Misi-
oneros hijos del Corazón de María.
Rubí.—Casa-Residencia.—Maristas.
Sabadell.—Casa-Escuela.—Escolapios.
Idem.—Casa-Escuela.—Misioneros del In-
maculado Corazón de María.
Idem.—Casa-Colegio.—Maristas.
Sampedor.—Convento.—Escuelas cristia-
nas.
San Baudilio de Llobregat.—Manicomio.
—Hospitalarios.
Villanueva y Geltrú.—Casa-Colegio.—Es-
colapios.
Sarriá.—Casa-Colegio.—Jesuitas.
Idem.—Casa-Colegio.—Escolapios.
Idem.—Casa-Escuela.—Salesianos.
Idem.—Convento.—Capuchinos.
Tiana.—Casa-Residencia.—Cartujos de
Montalegre.
Torrelló.—Casa-Colegio.—Maristas.
Vich.—Casa-Convento.—Misioneros de los
hijos del Corazón de María.
Idem.—Casa-Convento.—San Felipe Neri.
Idem.—Casa-Colegio.—Sagrada Familia.
Idem.—Casa-Convento.—Franciscanos.
Vilatorrada.—Casa-Colegio.—Sagrada Fa-
milia.

MONJAS Y HERMANAS

Barcelona.—Convento.—Agustinas.
Idem.—Hospital de niños escrofulosos.
—Carmelitas.
Idem.—Idem idem.—Divina Pastora.
Idem.—Idem idem.—Idem idem.
Idem.—Casa-Residencia.—Josefinas.
Idem.—Idem idem.—Idem.
Idem.—Idem idem.—Idem.
Idem.—Idem idem.—Idem.
Idem.—Idem idem.—Idem.
Idem.—Convento.—Agustinas.
Idem.—Convento.—Arrepentidas.
Idem.—Convento.—Buen Consejo.
Idem.—Casa-Asilo.—Buen Pastor.
Idem.—Convento.—Benedictinas.
Idem.—Convento de Valdoncella.—Benedic-
tinas.
Idem.—Colegio de Loreto.—Caridad Cris-
tiana.
Idem.—Casa-Colegio.—Corazón de María.
Idem.—Idem idem.—Idem idem.
Idem.—Convento.—Dominicas.
Idem.—Idem.—Idem.
Idem.—Idem.—Idem.
Idem.—Convento.—Hermanas de la Presen-
tación.

Ayuntamiento de Madrid

Organizaciones obreras católicas

Provincia de Madrid

Círculo de obreros de San Pedro.—Madrid.
Círculo de obreros del Sagrado Corazón.—Madrid.
Círculo de obreros de San José.—Madrid.
Círculo de obreros de San Isidro.—Madrid.
Asociación de Socorros Mutuos de los círculos obreros católicos.—Madrid.
Sindicato de tipógrafos católicos.—Madrid.
Círculo de obreros de Nuestra Señora de Covadonga.—Madrid.

Total, 7 en 1907.

Provincia de Barcelona

Centro de Nuestra Señora del Carmen.—Barcelona.
Asociación católica de Socorros Mutuos.—Barcelona.
Cooperativa de Nuestra Señora de Montserrat.—Barcelona.
Patronato de «La Sagrada Familia».—Barcelona.
Centro obrero e instructivo.—Barcelona.
Círculo barcelonés obrero.—Barcelona.
Centro de Nuestra Señora de Montserrat.—Barcelona.
Cooperativa Católica.—Barcelona (Clot).
Sociedad de obreros fidecos.—Barcelona (Clot).
Unión profesional de empleados y dependientes de Comercio.—Barcelona (Clot).
Juventud católica.—Barcelona (San Andrés de Palomar).
Patronato obrero.—Barcelona (San Andrés de Palomar).
Centro de Hermandad.—Balsareny.
Montepío de San Isidro Labrador.—Balsareny.
Círculo obrero.—Caserras.
Patronato de la Juventud obrera.—Esparaguera.
Patronato obrero.—Manresa.
Otro Patronato obrero.—Manresa.
Círculo católico obrero.—Mataró.
Juventud católica.—Moya.
Círculo católico.—Ronda.
Círculo de labradores.—Santa Perpetua Moguda.

Total, 22 en 1907.

Provincia de Lérida

Liga Católica.—Lérida.
Hermandad del Patriarca San José.—Castell de Farfán.
Círculo católico de obreros.—Guissona.
Centro católico popular.—Oliana.
Círculo católico de obreros.—Pozas.
Instituto obrero.—Seo de Urgel.

Total, 6 en 1907.

Tiempos y tiempos

Humanitario decreto promulgado por Luis XIV para lograr la conversión de los protestantes de Francia:

- 1.º Demolición de todos los templos.
- 2.º Prohibición de reunirse, ni aun en privado, para los ejercicios del culto protestante.
- 3.º Prohibición de salir del reino, bajo pena de galeras para los hombres, y prisión perpetua para las mujeres, con pérdida de bienes.
- 4.º Bautizo forzoso para los hijos de los protestantes.
- 5.º Prohibición de llevar consigo los emigrantes a sus hijos menores de siete años.
- 6.º Pena de muerte y privación de sepultura a los relapsos.

A propósito de la clemencia con que fué ejecutado ese decreto, dice un historiador:

«La libertad concedida a la soldadesca, hez de la sociedad en aquel tiempo, produjo un desbordamiento inaudito. La rapiña, la violación y el asesinato eran los medios ordinarios de conversión hacia la dulce y cariñosa madre la Iglesia católica. Se tostaban los pies, se daba la estrapada, se extirpaban o quemaban las partes genitales y mamarias, se amarraba a las madres para que viesen morir de hambre a sus hijos de pecho, y otros horrores por el estilo. No quedaba, pues, otro recurso que abjurar o morir en el tormento.

Y los que abjuraban, aun después de mutilados, tenían que postrarse a los pies de los representantes de Cristo (del Papa), inspiradores y directores de tantas y tantas crueldades, y besar humildemente la mano de sus verdugos.

Los hombres dignos, los hombres de corazón, los que no se humillaban, eran encerrados en los calabozos de los conventos y castillos, donde se les arrojaba por todo alimento animales muertos en putrefacción.»

En vista de que la emigración aumentaba porque los canallas de los protestantes querían sustraerse a estos dulces procedimientos de catequización, y esto disgustaba al Papa, furioso el rey reiteró sus piadosos decretos y dió otro imponiendo pena de la vida, confiscación de bienes y privación de sepultura:

«A los que emigrasen al extranjero.
A los que lo intentasen.
A los cómplices en la fuga.
A los que practicasen la religión protestante.
A los que no bautizasen a sus hijos.
A los que no los mandasen a escuelas católicas.
A los que trabajasen en día festivo.
A los que no asistiesen a misa.
A los que muriesen sin confesión.
A los que no asistiesen con vela a las procesiones.
A los que no se descubriesen ante Dios y sus santos.
A los que no besasen la mano a los curas y frailes.
Y a los que cometiesen delitos análogos.»

Al ver esta dulce manera con que los clericales trataban a los que no pensaban como ellos, se echan de menos aquellos tiempos benditos en que el catolicismo convertía en paraísos las naciones en que predominaba.

REMEMBRANZA

Los jesuitas revolucionarios sui generis

Fué el siglo XVI siglo de gran controversia y de luchas inauditas.

Los jesuitas dieron carácter a la contienda con sus predicaciones atrevidas; revolucionarios unas veces, conservadores otras, mas siempre con la mirada hacia el poder absoluto del Vaticano sumiso al Jesu.

El más ingenioso de sus controversistas enseñaba la soberanía del pueblo: «El pueblo, decía Berlamino, puede establecer la forma de gobierno que quiera y cambiarla cuando lo juzgue conveniente.»

Todos los jesuitas del siglo XVI están de acuerdo con Berlamino. Si reconocen la soberanía del pueblo es para despojar a los reyes; por lo demás no es la nación quien debe ejercerla, sino el papado.

Un jesuita inglés da el verdadero sentido de la doctrina ultramontana: «Si los reyes, si los príncipes violan la fe que han dado a Dios, el pueblo está obligado, bajo las órdenes del vicario de Cristo, pastor supremo de todas las naciones, a no obedecerlos.»

El jesuita P. Mariana dió a la estampa su célebre obra *De rege et regis institutione*, que fué quemada por los reyes porque en ella se preconizaba el regicidio, esto es, que era lícito asesinar al príncipe hereje.

Clemente asesina a Enrique IV; Mariana se extasia ante esta acción heroica, y el Papa a su vez ve en ella la mano de Dios y una señal patente de que la Providencia protegía al reino cristianísimo (Mariana. *De rege*, libro I c. b: «Insigem animi confidentiam memorabile.»

El P. Vázquez, en su obra *Cuestiones sobre la Summa de Santo Tomás*, dice:

«Siendo el Papa soberano juez en materia de fe, podría nombrar un rey católico por el bien general (en los pueblos que se separen del catolicismo), y en caso necesario ponerlo en posesión por la fuerza de las armas; porque el bien de la religión exige que el soberano jefe de la Iglesia de un rey al reino que se halle en ese estado y hasta que pase, si hay necesidad, por cima de las leyes fundamentales.»

Depués del regicidio frustrado de Chatel fué expulsados de Francia los jesuitas. El Parlamento por el órgano de su presidente De Harlay, hizo enérgicas y graves representaciones al rey contra la Compañía de Jesús. «Los miembros de ésta han estado siempre unidos en sus rebeliones, decía; y no sólo no os ha seguido ninguno, sino que ellos solos han sido los más acérrimos partidarios entre los antiguos enemigos de vuestra corona.»

Ya sabemos, pues, ahora en provecho de quien eran revolucionarios los jesuitas.

Otras veces han sido conservadores y alguna vez comunes de dos; pero siempre con la pupila en el texto de Tácito: *Omnia pro dominatione serviliter*.

Documento oficial

En él se pone de relieve la dulzura de sentimientos de los que sueñan con la vuelta de aquellos envidiables tiempos en que no había revolucionarios por el mundo.

Dice así:

FORMA DE ESCRIBIR EL SECRETARIO LOS TORMENTOS SEGÚN LOS DA REGULARMENTE ALONSO DE ALCALÁ, MINISTRO EJECUTOR DE JUSTICIA DE MADRID.

Notifícasele la sentencia de tormento, y si apela, se manda ejecutar sin embargo y luego se dice: Fuéle dicho diga la verdad por amor de Dios, no se quiera ver en tanto trabajo.—Dijo, etc.

Fuéle dicho diga la verdad ó se le mandare bajar a la cámara del tormento.—Contestó, etc. Y con tanto fué llevado a la cá-

mara del tormento, donde fueron los dichos señores inquisidores y ordinario, y estando con ellos, fué amonestado el dicho F... que por amor de Dios diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo.—Dijo, etc.

Fuéle dicho diga la verdad ó se mandará entrar el ministro.—Dijo, etc., y luego fué mandado entrar y entró Alonso de Alcalá, ministro ejecutor de la justicia, del cual fué recibido juramento en forma de que bien ó fielmente hará su oficio y guardará secreto.

Fuéle dicho diga la verdad, ó se mandará desnudar.—Dijo, etc.—Fué mandado desnudar y se le desnudó, y estando desnudo, fuéle dicho diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo.—Dijo, etc.

Fuéle dicho diga la verdad, ó se le mandará poner en el potro.—Dijo, etc. Y fué puesto en el potro, y estando en él, fuéle dicho que diga la verdad, no se quiera ver en tanto trabajo.—Y dijo, etc.

Fueron mandados entrar F., médico, y F., cirujano, para que le reconocan, y habiéndole reconocido, se volvieron a salir, y dijeron, etc.

Estando desnudo suelen entrar para reconocerle mejor, ó ya ligado, como parece; pero si el ministro es diestro, él reconoce si hay impedimento, etc.

Fuéle dicho diga la verdad, ó se le mandará ligar el cuerpo.—Dijo, etc. Y mandósele ligar, sin usar ya la cincha y estando ligado fuéle dicho diga la verdad ó se le mandará ligar por los pies para el trapazo.—Dijo, etc.

Mandósele ligar y se le ligó el pie derecho, y dijo, etc.

Con la misma fórmula, y por iguales grados, se continúa la ligadura del pie izquierdo, los mollejos de los brazos y demás partes del cuerpo, se dan con idénticas pausas las otras ligaduras hasta la cuarta para la mancuerna, las vueltas de ésta, el trapazo en cada pie y el garrote en los brazos, repitiéndose cada operación hasta la cuarta vez, con la debida distinción, para que se conozca y sienta el dolor, procediéndose luego con amagos de querer repetir aquella operación que más hubiese sentido...

Prosigue la instrucción y formulario, y dice que después de ejecutado este tormento, que es el común, hay arbitrio de mandar tender el reo en el potro, y estando en él, darle dos garrotes en cada brazo y muslo, y uno en cada pierna, y lo mismo se hace cuando el primero no ha podido ejecutarse por tener el procesado fuentes ó debilidad.

El tormento de la silla, que es para quebrados ó preñados, ó sujetos débiles, se ejecuta mandándoles sentar en la silla, y se les faja y afianzan los dos garrotes, en cada brazo, y otros dos en cada pierna, a lo que llaman *espenillazo*.

Este formulario se hizo para dar a D. Antonio Zambrana de Bolaños y de su orden, en el secreto de la corte a 17 de Marzo de 1690.

(Archivo de Simancas. Inquisición, libros encuadernados número 934.)

Dos fechas

Corría el año 1860 y nuestro ejército se batía en África con los moros. Los caristas creyeron llegada la ocasión de alcanzar el triunfo de sus ideales y se sublevaron en San Carlos de la Rápita.

Estábamos en 1874 y el gobierno de la República sostenía tres guerras, dos de ellas, la de Cuba y la carlista, heredadas de la monarquía. Los alfonsinos pensaron que aquel era el momento de preparar la restauración y el general Pavia barrió el 3 de Enero las Cortes republicanas, preludio del golpe que en Diciembre del mismo año, subsistentes aún aquellas dos guerras, dió el general Martínez Campos en Sagunto.

La religión y el Estado

Oigan los ultramontanos; lean los clericales:

«Jesucristo, dice Orígenes, obispo, no ha querido conquistar los hombres como un tirano que les arrastra en su rebelión, ni como un ladrón que pone en manos de sus compañeros el arma de la violencia, sino por medio de su divina sabiduría, tan propia para unir al Dios Supremo en piedad y santidad a aquellos que se someten a sus leyes.»

El cristiano Tertuliano, dirigiéndose a los magistrados, les dice: «Permitid que uno adore al verdadero Dios y otro a Júpiter. Es contrario a la religión el obligar a la religión, la cual debe ser abrazada voluntariamente y no por fuerza.»

Dice San Pablo: «Toda persona, aun cuando fuese un apóstol ó un profeta, está sometida a la potestad temporal.»

Tal era la doctrina del cristianismo naciente, perseguido por los emperadores y los paganos; doctrina que causa gran embarazo al ultramontanismo, el cual arguye violentamente y con inaudita desfachatez.

«Los preceptos que se dieron a la Iglesia naciente y débil, no pueden aplicarse a la Iglesia fuerte y poderosa.»

He aquí el lenguaje, dice el gran católico Bossuet, que atribuyen a Jesucristo los ultramontanos: «Os ordeno la paciencia, pero sólo mientras seáis débiles é impotentes; desde el momento en que tengáis fuerza en vuestras manos, ya no seréis corderos ni palomos, sino que combatiréis a los reyes como leones. La Iglesia obedecerá a los reyes hasta que sea bastante poderosa para deponerlos; entonces, si es necesario, recurrirá a la insurrección.»

Todavía causan más embarazo a los ultramontanos los mártires. El cardenal Berlamino (*de Ron. Pontiff*, v. 6, 13) dice con justicia gallardía por qué los cristianos han preferido los tormentos y la muerte más bien que deponer a Diocleciano y a Valente: «es que les faltaba para ello la fuerza».

«Habremos de deponer, dice un heterodoxo, contra semejante calumnia?»

Que corra la calumniosa imputación en beneficio de la justa detracción moderna.

Baza mayor...

En *El Boletín de la Real Academia*, tomo XI, página 289, se enumeran los autos y autillos de fe celebrados por la Inquisición toledana desde 1485 a 1501, relatándolos en esta forma:

Auto del 16 de Agosto de 1486. Quemaron 25 personas, 20 hombres y 5 mujeres, entre los cuales quemaron al doctor Alonso Cota, vecino de Toledo, a un regidor de esta ciudad, a un fiscal, y a un comendador de la orden de Santiago, y a otras personas que fueron de honra. Sacaronlos de esta manera a pie con coraças (couzas) en las cabezas, vestidos unos sambenitos de lienzo amarillo, escrito en cada sambenito el nombre de aquel. Dize así: *fulano hereje condenado*; las manos atadas con sogas a los pescuezos. E pluxieronlos a la plaza a donde estaba un cahadalso de gradas, y asentados allí por orden e frontero estava otro cahadalso donde estaban los inquisidores é notarios, etc., allí públicamente á voces leyan el proceso de cada uno, e las cosas en avia judayzado; en fin del proceso lo condenaban por hereje, e remitián a la justicia y braço seglar. De allí los llevaban a la vega, donde fueron quemados, que *güeso de ellos no quedó por quemar ó fazer ceniza*.

Auto del 17 de Agosto de 1486. Sacaron a quemar dos clérigos a los cuales degradaron primero, por haber guardado por entero la ley de Moysen; el uno era un bachiller en medicina y era capellán de los Reyes, que cada día celebraba; el otro era un cura de la iglesia de San Martín de Talavera.

Auto del 15 de Octubre de 1486. de personas eran nuevos herejes: sus herederos no pudieron heredar de sus bienes. Se confiscaban por el Rey.

Auto del 10 de Diciembre de 1486. Salieron en procesión 900 personas con candelas en las manos no ardiendo. Estuvieron en pie sobre cosas, bien afligidos por el gran frío. Después del sermón se levantó un notorio, notificando en la manera que aquella gente avia judaizado, ellos dezian que dende en adelante ellos querrian vivir e morir en la fe de Jesucristo; y allí les fueron notificados los artículos de la fe, y a cada artículo dezian todos a alta voz: *sí, creo, e esto, non sé si lo dezian con todo corazón*. Sacaron un libro de evangelios é una cruz; e todos, las manos alçadas, juraron de nunca más judaizar. Este hecho les dieron en penitencia que anduviesen disciplinándose. Procesión de los reconciliados el 11 de Diciembre de 1486 y el 15 de Enero de 1487 y el 10 de Marzo.

Auto del 7 Mayo de 1487. Fué hecho un acto de la Santa Inquisición en que sacaron a quemar 23 personas, 14 hombres y 9 mujeres, entre los cuales iba un canónigo de Toledo.

Auto del 8 de Mayo de 1487. Quema de difuntos en hueso y estatua y de fugitivos en estatua.

Auto del 26 de Julio de 1488. Quema de más de cien personas ya muertas. Confiscación de sus bienes.

Auto del 27 de Julio de 1488. Otro acto de la Santa Inquisición en que sacaron a quemar un clérigo racionero de la Santa Iglesia de Toledo, a dos frailes de la orden de San Gerónimo; del mismo monasterio de Santa María fueron quemados otros tres frailes, hombres que *ovieron seydo priores e tenido grande honra en la dicha orden*.

Auto del 24 de Mayo de 1490. Sacaron a quemar 18 hombres y 3 mujeres.

Auto del 25 de Mayo de 1490. 400 procesados por herejes; este día quemaron en la plaza públicamente muchos libros, biblias falsas.

Auto del 25 de Julio de 1492. Quemaron a 5.

Auto del 30 de Julio de 1494. Quemaron 9 hombres y 7 mujeres.

Auto del 22 de Febrero de 1501. Quemaron 38 hombres.

Me parece que en diez y seis años no puede desplegarse más celo por quemar tem-

plós vivos de Dios, como llama no sé quién (creo que el Espíritu Santo) al cuerpo humano.

En esto de quemar, la Inquisición fué una especialidad. Desde que comenzó á funcionar en España, (1481) hasta que fué abolida en 1808 por Napoleón, carbonizó á 34.748 individuos, vivitos y berreando, y á 17.689 en efígie, sin que esto quiera decir que no se dedicase también á enviar gentes á la cárcel ó á galeras; 287.964 pudieran dar fe de ello si no estuvieran ardiendo en los profundos infiernos; tomándose además la molestia de confiscar sus bienes á quienes los tenían...

Pero ahora caigo en que yo he escrito esto para decir algo que aún no he dicho... ¿Qué sería?... ¡Ah! Sí...

Para decir que sólo de este modo se explica el que España no haya protestado ahora enérgica y unánimemente, de lo que se lamentaba *El Diario*, de Barcelona. Hecha á ver quemar hombres vivos...

Baza mayor quita menor.

¡San Lorenzo!

El San Lorenzo cuyo martirio y cuyo tránsito conmemoró el día 10 de Agosto la Iglesia católica, es uno de los 18.000 santos españoles, bien que no todos esos 18.000 (17.542 santos simples, 155 confesores y vírgenes, y los restantes, príncipes, obispos, frailes y gente ordinaria, para que el diablo no se ría de la mentira), fueron diáconos y mártires como San Lorenzo, ni murieron, como éste, asados en unas parrillas.

Verdad es que San Lorenzo, de quien hay motivos para sospechar que era un poco tentado de la risa y algo burlón de suyo, preparó una bromita bastante pesada al prefecto de Roma, bromita que refiere con todos sus curiosos, aunque no muy interesantes pormenores, el padre Croisset, en su *Año Cristiano*. Había ofrecido San Lorenzo—que todavía no era santo, pero que ya iba para ello,—presentar á las autoridades grandes y riquísimos tesoros, y... Pero al llegar á este punto conviene dejar la palabra al susodicho padre Croisset, el cual, ante los lectores, parece y dice:

«Por espacio de tres días visitó Lorenzo los pobres, los enfermos, las viudas y los huérfanos que la Iglesia sostenía, y habiéndolos reunido á todos, fué en busca del prefecto y le dijo: «Venid á ver los tesoros de nuestro Dios. Veréis un gran salón lleno de vasos de oro y sacos de dinero amontonados por las galerías.» Y el corazón del avaro prefecto nadó en alegría, y su mirada brilló como la del león que va á arrojarse sobre su presa. Pero cuando vió el espectáculo que Lorenzo le había preparado, sintióse poseído de violenta cólera.»

Convengamos en que la cosa no era para menos. El cristiano socarrón había discurrido un chasco ingenioso, y como las autoridades de aquel tiempo no entendían de burlas, Lorenzo fué condenado á horrible muerte. Lo cual no fué bastante para quitarle su buen humor ni sus aficiones burlonas. Y si no, ahí está el mismísimo padre Croisset, que no me dejará mentir, y que, en el mismo libro, exclama:

«Oídle: habla á sus verdugos como si no se tratara de él.—¿No véis—les dice—que mi cuerpo está ya suficientemente tostado por este lazo? Volvedme para que se tueste también el otro.—Y algún tiempo después, añade:—Mi carne está ya cocida como conviene; ya podéis comerla.»

La verdad es que estas lecturas, en los días que hace un calor sofocante, son muy convenientes.

Lo que el padre Croisset no dice es que estas chafalditas estuvieron muy á punto de que fracasara la canonización del mártir, porque parecieron baladronadas poco humildes á los jueces eclesiásticos.

De modo que Lorenzo, después de haber perdido por una chirigota la vida, casi casi perdió la santidad por una cuchufleta. ¡Digo si era bromista nuestro compatriota!

Si por balandrón y presumidillo hubiera dejado de ser santo, no estarían hoy obsecrados: un San Lorenzo, mártir, cuya muerte se conmemora el 30 de Abril; ni un Lorencín (Lorenzo chiquitín), cuya fiesta es en 3 de Junio; ni un Lorenzo de Brindis, que murió en 7 de Julio; ni un Lorenzo Justiniano, honrado por la Iglesia el 7 de Septiembre; ni una Lorenza, virgen y mártir, á quien recuerda el altar el 8 de Octubre; ni un Lorenzo, obispo y confesor, cuya canonización se recuerda el 14 de Noviembre; todos ellos Lorenzos, todos ellos santos, y de los cuales casi nadie hace caso por culpa del santo de las parrillas y de las chirigotas.

Sea como fuere, la cosa no tiene ya remedio. Y, después de todo, mientras sólo de España hay 18.000 santos, ¿cómo extrañar

que los fieles sólo piensen en uno da cada casta?

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Memorias de un jesuita

Jesuitas y dominicos, ó el Rosario contra el Corazón de Jesús.

En Salamanca, uno de los monumentos que no deben dejar de visitar los aficionados á Bellas Artes, es el convento de los Dominicos. La fachada de aquella iglesia no es de piedra, es de finísimo encaje; es una maravilla de arte arquitectónico: una manifestación espléndida del estilo gótico florido, y algo que encanta, eleva, hace sentir, electriza.

Yo, que, naturalmente, me alojaba en la clerecía ó convento de los jesuitas, deseaba ardientemente visitar la casa de los hijos del Santo de Guzmán; y lo deseaba con tanto más ardor, cuanto que la clerecía, como todas las casas hechas *ad hoc* para la Compañía de Jesús, es un atentado al buen gusto, un mazacote de piedra que parece un bofetón pegado sin piedad á las hermanas habitantes del Helicón.

La cosa, al parecer sencilla, no lo era en realidad, porque si reina entre jesuitas y dominicos la fraternidad cristiana, no es tan perfecta que evite ciertos rozamientos, frases mortificantes, pullas que levantan roncha y otros excesos de mayor ó menor cuantía.

Arrostrando, sin embargo, todos los peligros, me fuí á San Esteban, que así el convento se llama; sacudí el pesado aldabón, manifesté al portero mi deseo de saludar al padre prior, y, encantado ante la hermosura del claustro, que á mi vista se ofrecía, me quedé esperando durante breve rato. Al cabo de éste apareció un fraile de blancos hábitos revestido de otro fraile joven acompañado. Dirigióse á mí, y con gran cortesía me saludaron. Correspondí afectuosamente, y manifestéles el objeto que allí me llevaba, que era, les dije, ofrecer mis respetos á la Comunidad y admirar las bellezas artísticas del convento.

No hace á mi propósito describirlas, y así, pasando de largo la manera finísima que de enseñarlas tuvieron el padre prior y su acompañante, diré que cuando yo creía que me iba á marchar sin oír algo mortificante para los jesuitas, la conversación, no sé por qué motivo, vino á recaer en la devoción del Rosario y los grandes frutos de bendición que en la iglesia de Dios ha producido.

—Indudablemente—dijo sentenciosamente el prior,—lleva el Rosario el sello de la Divinidad; hay algo en él que no se ve en otras devociones.

—No cabe duda—dije por decir algo.—Diferencia va—añadió el fraile, clavándome ya la puya hasta el tope—del Rosario, que lleva seis siglos de universal existencia, á la devoción del Sagrado Corazón, importada de Francia y destinada á pasar como las modas que de allá nos envían.

—El Papa la ha aprobado—objeté tímidamente.

—Pues verá usted, aprobada y todo, dónde va á parar dentro de pocos años. Amén de que aun hoy mismo son muchísimos los cristianos piadosos que no la admiten ni practican.

—Bueno, pues ustedes me darán su licencia para retirarme, que me esperan en casa.

—Vaya usted con Dios, padre Gil Blas, y ya sabe que aquí tiene una casa y unos amigos.

—Dios me libre de ellos—repuse mentalmente, y, en alta voz:—muchísimas gracias, y que me encomienden á Dios nuestro Señor.

—No deje de saludar en nuestro nombre al reverendo padre superior de la Compañía.

—Lo agradeceré muchísimo.

—Adiós, padre Gil Blas.

—Adiós, padre prior.

Dirigiéronse los frailes á la escalera, yo á la portería, y oí perfectamente que uno dijo al otro: «Anda, que dentro la lleva.»

Llegado á casa, no dejé de contar lo que los dominicos me habían dicho del Corazón de Jesús. Hubo una explosión de ira. ¡No debía usted haber ido! ¡Son unos indecentes; siempre soltando pullas contra nosotros! ¡Los frailes son seres anacrónicos que debieran ya haber desaparecido de la superficie del globo! ¿Quién reza ya el rosario en el mundo? ¡Medrados estaríamos si no contáramos más que con esa monserga para convertir almas y enfervorizar á los pueblos! Estas y otras exclamaciones á este tenor sucedieron sin interrupción durante largo rato.

—¿Vamos á hacer una cosa?—dijo de repente el padre rector.

—¿Qué es?—preguntamos todos.

—El día de la fiesta del Sagrado Corazón, que está próxima, convidamos á los dominicos, como señal de fraternidad, á oficiar en la misa solemne. Todo el servicio del altar, á cargo de ellos. El sermón lo predica el padre Gil Blas y lo predica con esta pro-

posición: «La devoción al Sagrado Corazón no es devoción, es una estricta obligación de todo buen cristiano y mucho más de todo buen religioso.»

—¡Magnífico, piramidal!—exclamaron todos.

—Pues manos á la obra—dijo el rector; y efectivamente, se hizo la invitación, compuse la oración sagrada y se preparó la solemneidad.

¡Cómo estaba la iglesia en el día de la fiesta! Era un ascua de oro. Mezclábanse en el altar las flores naturales con las velas, semejando un monte de pétalos y encendidos luceros. En lo alto del retablo estaba la imagen de Jesucristo envuelto en blanca túnica, pendiente de los hombros rojo manto y mostrando en la mano el corazón coronado de espigas y de encendidas llamas circundado. Pendía del altar valioso encaje, en que el oro se entretreía con el hilo de Escocia. Vestía el pavimento mullido tapiz, por el que habíanse desparramado olorosas hierbas.

Todo el grandioso templo se ocultaba tras riquísimos damascos, y un estrellado cielo parecía la bóveda, cada de arañas encendidas. Todo anunciaba lo solemne de la religiosa función que iba á celebrarse. Oíanse las notas discordantes de instrumental numeroso que se afinaba; el runrún de la gente que sin piedad se apretaba y á todo trance quería ganar terreno; alguna nota que al órgano se le escapaba y el campanilleo de las arañas agitadas por la caña que terminaba de encenderlas. Percibíase olor á cera, á flores, á finísimo incienso que empezaba á quemarse en los brillantes incensarios.

Al fin, corrióse el tapiz que ocultaba la puerta de la sacristía y aparecieron los acólitos con altos ciriales de plata; detrás, la Comunidad de jesuitas, luciendo blancos y rizados roquetes; cuatro frailes dominicos agitaban grandes incensarios de los que blancas y odoríferas nubes se escapaban; el celebrante, llevando á su diestra y á su izquierda al diácono y subdiácono, revestidos los tres de pesados ornamentos, en que el raso crema desaparecía bajo una verdadera coraza de oro, que flores y hojarascas imitaba. El órgano lanzó potentes acordes; reinó silencio profundo en la iglesia y comenzó la misa solemnisima del Corazón de Jesús.

Terminada la Epístola, aparecí yo en el presbiterio; demandé humildemente su bendición al preste, que era el padre del Rosario, y me dirigí al púlpito. Al saltar la agresiva proposición antiodominica, un estremecimiento recorrió las filas frailesas; que no eran solos los que ofrecían, sino otros muchos los que asistían á la fiesta.

Yo me desaté contra la fraillería. Claro es que de un modo velado, pero terrible. «Queréis conocer—decía á los fieles—quiénes son en la Iglesia lobos con piel de oveja? ¿Deseáis descubrir dónde están los sepulcros blanqueados, de blanco hábito? ¿Necesitáis discernir entre los seudoprofetías y los profetas de verdad? Observad, hermanos míos, quiénes difunden, defienden y practican la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús. No haya lugar á errores. El criterio es seguro. Los que no son en los tiempos actuales apóstoles de esa devoción salvadora, esos, aunque vistan hábitos religiosos, aunque lleven cerquillo en la cabeza y hagan sonar las cuentas del rosario que de su cintura pende, son hipócritas, falsos, embaucadores, criminales, sacrilegos, enemigos de la religión, embrutecedores del pueblo fiel, criminales dignos del calabozo y el grillete.»

Al terminar la función, los frailes, invitados á comer en casa, contestaron que su regla no se lo permitía, y marchaban por las calles de la ciudad con tal rapidez en dirección del convento, que volaban sus negras capas, agitábanse los blancos hábitos, bailaban violentamente los enormes rosarios colgando de su cintura, y retumbaba sobre las losas el golpe de los grandes y claveteados zapatos.

GIL BLAS DE SANTILLANA

Confort sagrado

Todo aquello de los anacoretas y cenobitas que se metían en una cueva, se cubrían con un saco y se alimentaban con tronchos y raíces, ha pasado á la categoría de las primadas solemnes. El fervor religioso, la fe cristiana más pura y acendrada, y el amor de Dios, han tomado por otros derroteros muy distintos, y creo que han hecho perfectamente. Resultaban sumamente incómodas aquella piedad mortificante y religiosa austera que no le dejaban á uno vivir tranquilo y á gusto. Esa revolución sacroepicúrea la han llevado á cabo los religiosos y nadie puede quitarles este mérito.

De otros apostolados bien puede ser que se hayan dejado los reverendos de todos matices, sobre todo del que no produce cuartos, como es el de los pobres. Estos lo mismo da que se vayan al Infierno. Del apostolado que hoy se ocupan entusiastamente frailes y monjas, es del apostolado del confort.

¿Queréis saber cuál es el lugar más sano, agradable y bien templado en una población? Mirad dónde edifican sus conventos los religiosos. ¿Queréis comer manjares de cuya óptima calidad estéis seguros? Aver-

guad quién es el proveedor de jesuitas, carmelitas, etc. ¿Dónde se toman los baños de mar con más sosiego y comodidad? Donde sepáis que los toman los siervos de Cristo Crucificado.

No entréis ni por casualidad en una iglesia que no sea de frailes. Os moriréis de frío en invierno y de calor en verano, tendréis que arrodillaros en el suelo, sentaros en sillas y bancos desvencijados, y jamás vuestros pies pisarán una mullida alfombra ó un tapiz.

Penetrad sin temor alguno en los templos de los pobres religiosos, y sabréis lo que es canela. Calefacción de los últimos y más perfeccionados sistemas, reclinatorios cómodos á la oriental, cortinas tupidísimas para que no pase el aire, alfombras mullidas y agradables como ellas solas, perfumes en el aire, y todo lo que alhaga á los sentidos. Eso sí; presidiendo el confort delicioso un hombre ensangrentado y desnudo que resulta allí como un responso en un baile de máscaras.

Los refinamientos, esplendores y rapideces que el modernismo ha conseguido para los viajes, se han hecho para los príncipes, para las cocottes y para los frailes.

En el tren, ya podéis recorrer los coches de tercera, de segunda y aun de primera, así á secas. No se encuentra una capucha ni con candil.

Id al *express* de lujo, al *wagon lit*, al rápido aristocrático, y allí, en la mesa contigua á aquella que ocupa la *completiste* de moda, están el provincial de los franciscanos ó el de los jesuitas. Con una advertencia, y es que saben como nadie cuáles son las mejores camas del *sleeping car*, y las mejores marcas del Burdeos del dining. Para eso son unas águilas los reverendísimos.

En los trasatlánticos, ya se sabe que cuando viajan frailes ocupan los camarotes de lujo, y suelen pedir al capitán que prohiba en absoluto á los pasajeros de las otras clases el que entren en el salón ó en la toldilla de primera. ¡Horror! ¡Codearse el hábito religioso con gentes que no han tenido dinero para pagar una primera!

Así ha conseguido Jesucristo, aunque no sea más que en efígie, darse vida de príncipe. Como le llevan sobre el pecho ó colgando del rosario todos estos frailes *dernier cri*, tienen ustedes al redentor del mundo, ora en vagón restaurant, ora en camarote de lujo, ya en automóvil de setenta, ya en la *serre* de los hoteles *smart*. Y, lo que dirá él: ¡Cuánto mejor se está aquí que en el Calvario!

De todo lo cual, que está hoy á la vista de cuantos no están ciegos, se sigue que los frailes y monjas de estos tiempos son una taifa de farsantes con ribetes de timadores, y que así creen en el Evangelio como en el romance de D. Gaiferos ó en las coplas de Calainos.

PEDRO CRESPO

Mi paso por la Cárcel

POR

José Nakens

Tres pesetas

Para los suscriptores á EL MOTIN, dos

Libros en venta

DE D. JOSÉ NAKENS

TRES PESETAS TOMO

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria. —Degradaciones y cobardías. —Puñal de ironías. —Humorismo anticlerical. —Cartas y dedicatorias. —Mi paso por la Cárcel.

TEATRALES DEL MISMO AUTOR, Á PESETA

Dios, Patria y Rey.—Y dice el sexto mandamiento. —¡Ojo al Cristo!

DE DIVERSOS AUTORES

DE CINCO PESETAS

La Iglesia y la moral, por Laurent. *Moral jesuitica*, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE TRES PESETAS

Coba, por Luis Bonafoux.

DE DOS PESETAS

La religión al alcance de todos, por Ibarreta. —*El compadre Mateo*, por Pigault-Lebrun. —*Gente nueva*, por Luis París.

DE UNA PESETA

El dios Baco, por varios autores. *Fa sostenido*, por Alfonso Karr.

DE 60 CÉNTIMOS

A dónde conduce el socialismo, por Eugenio Rícher.

DE 25 CÉNTIMOS

Como se fabrican dioses (folleto), por R. G. Ingersoll, célebre propagandista anticlerical de Norte América. —*Hereses y herejías*, por el mismo. —*Después de la muerte*, por el mismo.

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

No; por más que el carlismo quiere escudarse detrás de un principio desacreditado en el mundo moderno, pero principio al fin, como es el absolutismo; por más que los carlistas quieran presentarse como los ardientes defensores de una religión que explotan sacrilegamente escarneciéndola con sus palabras y sus actos, no son, no tienen, no pueden y representan más que el bandolerismo organizado en un país á quien algunos siglos de despotismo y algunos años de extravíos revolucionarios han puesto en la desdichada situación en que el nuestro se encuentra, y no puede haber en el último tercio del siglo XIX un gobierno regular que dé la consideración de beligerantes á partidas más ó menos numerosas de malhechores que no codician la entrada en poblaciones de mediana importancia para establecer en ellas una sombra de gobierno, sino para entregarse á inmundos excesos, á rapiñas y asesinatos.

Pero á la altura á que han llegado las cosas, si la Europa y el mundo están imposibilitados por razones de moralidad y de decoro para satisfacer esas esperanzas del carlismo, no podrá menos de mirar con asombro que una nación de 16 millones de almas, de proverbial bravura y heroísmo, se deje aniquilar por unos cuantos miles de malvados que no tienen la posesión del gobierno y del poder más que en el espacio que manchan con sus plantas, y es preciso que todos los que hemos tenido la fortuna ó la desgracia de nacer en este siglo y la dicha singular de que hayan compenetrado nuestro espíritu los rayos de la libertad, demostremos que aún somos el pueblo que salva sus más terribles crisis por medio de un valeroso arranque de iracunda virilidad.

Basta, pues, de mesura, de prudencia y de resignación, liberales españoles; sacudid el letargo en que os han sumido tantas y tan justificadas causas; los carlistas han jurado exterminarnos y practican el exterminio con nuestros infelices soldados prisioneros, con los que han ido á defender nuestros derechos, nuestro sosiego, nuestra honra y nuestra fortuna; los carlistas han jurado exterminarnos y practican el exterminio en nuestras ciudades indefensas ó rendidas; y puesto que así lo quieren, puesto que son incapaces de clemencia y de todo sentimiento generoso, no haya para ellos generosidad ni clemencia, contestemos al fuego con el fuego, al hierro con el hierro, á la sangre con la sangre, á la astucia con la astucia, al exterminio con el exterminio.

Si los bandidos que saquean las poblaciones rurales; si los malvados que se esconden para matar á mansalva en sus huroneras del Norte; si los asesinos que fusilan en montón en Olot á 160 soldados; si los malhechores que cometen todo género de atentados y de fechorías en Cuenca pueden dominar á la España que enterró al carlismo en los campos de Vergara; á la España que no se dejó dominar por los aguerridos y victoriosos ejércitos del gran capitán del siglo; á la España honrada, valerosa y digna de la cultura y de la libertad, sucumbamos peleando en donde quiera que franca ó hipócritamente se presente uno de esos cáines sin conciencia, y no quede sobre la faz de esta tierra, tantas veces regada con la sangre de los mártires de la civilización y del progreso, sino aquellos á quienes les sea soportable la vida acompañada de la vergüenza y de la deshonra del absolutismo.

Pero si así no fuese, si los españoles civilizados estamos en mayoría, si corre por nuestras venas algo que comunique calor á la inteligencia, resolución al ánimo y fuerza al brazo, que no quede uno sólo de ellos para referir á nuestros hijos los crímenes que les hemos tolerado y que nos hacen pasar á los ojos del mundo todo, como un país que ha perdido su derecho al respeto y á la consideración de los demás.

AGOSTO

Es fusilado por los carlistas un joven de Puigcerdá que estaba midiéndole centeno en la casa de Bassedas, junto á la misma línea francesa.

Ingresa en el hospital de San Sebastián un desgraciado joven á quien los carlistas habían apaleado bárbaramente por negarse á acudir á las filas carlistas, donde tenía ya dos hermanos.

Al apoderarse por traición de la Seo de Urgel, se supieron á sí mismos en come-

ter toda clase de crímenes, uno de ellos el fusilamiento del joven teniente de voluntarios, D. José Sala, natural de Orgañá, entusiasta liberal, que cursando la carrera de medicina abandonó los estudios guiado por su ardiente amor á la libertad. Sala, viendo la ciudadela de la Seo en poder de los carlistas, trató de resistir, y le alcanzó una bala enemiga, luchando como un héroe. Herido gravemente, fué hecho prisionero de los carlistas que, llenándole de insultos, le arrastraron hasta la plaza de Palacio. Una vez allí le dijeron que se preparase á morir. «¡Ya estoy dispuesto!» contestó Sala á sus verdugos; y lejos de acabar con él de una descarga, le martirizaron durante largo rato, sucumbiendo al fin el infeliz víctima de atroces sufrimientos.

Para pintar, aunque pálidamente, los horrores de la entrada de Tristany en la Seo, reproduzco estos párrafos de una carta escrita por un testigo presencial:

«Llega por último Tristany con los suyos, que unidos á los demás formaban un conjunto de 1.500 hombres, y entonces empiezan á pasar revista á la población.

Entran las hordas de salvajes en la ciudad y se dirigen con himnos de regocijo al cuartel, donde hacen prisionera la guarnición que no había querido salir, intentando resistir ó morir antes que entregarse; pero vió que era sola, que todos se habían entregado, se creyó vendida, y prefirió quedar prisionera, no tanto por amor á la vida como para librar á la población de un horroroso y seguro incendio que, á no dudar, hubieran perpetrado aquéllos... No encuentro epíteto que los califique como merecen.

Dueños ya de todo, recorren la población fijando sus miradas en diferentes puntos, como la fiera que, impasible, contempla primero la víctima, para arrojarla luego sobre ella y despedazarla con sus garras; y ¡horror causa decirlo!, se apoderan de varias personas, al frente de las que ponen una que había sido alcalde, llamado Martí del Silvestre, sujeto dignísimo por todos conceptos; y por haber favorecido la causa liberal y haber alguna vez contrariado los planes ó desigños de quienes los conducen, en medio de la consternación general los hacen salir fuera del portal, donde cuatro descargas van á arrebatar del mundo á quienes tanto el país debía. Consideren ustedes lo que hubieran hecho si hubiesen entrado á viva fuerza. A buen seguro que no escapaba un liberal de sus satánicas garras.»

Los caribes de la partida de Pachá y Martín, que merodean por las cercanías de Hernani, se entretienen en hacer fuego sobre las lavanderas; los disparos de los vigías de la Torre les hacen huir, pero vuelven á continuar su entretenimiento cuanto tienen ocasión. Así hieren á varias infelices.

El comandante de armas carlistas de Vall de Uxó sentencia á un vecino á recibir 50 palos, y se los da él mismo para ahorrarle trabajo al verdugo.

Una partida fusila cerca de Villanueva y Geltrú á un joven que iba á esta población comisionado por una casa de comercio de Vendrell para comprar vino.

El cabecilla Mora fusila en Llorens á dos infelices que habían sido voluntarios en Valls.

SEPTIEMBRE

Cogen á un joven de San Sebastián que se dirigía á Irún, y le convidan á cenar; después le acompañan hasta las inmediaciones de Irún y á poco rato lo fusilan por la espalda.

Asesinan á un joven, llamado Corp, por el solo delito de ser de Puigcerdá.

Idem á un vecino de Rosa de Llanes, viudo y con cinco hijos.

Idem en Andoain á un infeliz, por ser padre de un voluntario de Hernani.

La facción Ortiz hace fuego en Gibaja sobre los mozos de la reserva, matando á uno.

Morete, comandante de armas carlista de Vall de Uxó, fusila á un jornalero por el delito de no contestar como á él le acomodaba en un interrogatorio á que le sometió.

Es fusilada en las cercanías del Ripell una

pobre mujer de 22 años de edad, madre de tres hijos y en estado interesante, por estar casada con un liberal que había sido voluntario.

El cabecilla Monet asesina á dos liberales en Chelva, cada uno de los cuales deja cinco huérfanos.

Asesinan al propietario de Villamarchante, D. Bautista Ros.

Es fusilado un joven del Masnou, hijo del alguacil del Ayuntamiento.

Asesinan á Francisco Forda, hecho prisionero en una casa de campo de Pradell.

Acuchillan á dos hermanos y un mozo de labranza en una casa del llano de Mondrás: una de las víctimas dejaba á su esposa recién parida y sin esperanzas de vida, y otra á su madre viuda, de la cual era único sosten.

Intentan los carlistas asesinar á los embajadores de Austria y Alemania; no lo consiguen por haber equivocado el tren en que suponían que iban, y hacen fuego sobre otro que pasa antes por el sitio donde se hallaban emboscados, entre las estaciones de Mave y Aguilar, línea de Santander, resultando muerto el fogonero y mal herido un mozo de la máquina.

Es emplumada una pobre mujer que se dirigía á San Sebastián.

No caben aquí comentarios. Lo único que cabe es ceder al deseo que se siente de coger un fusil, salir á la calle, preguntar á todo el que se encuentre ¿es usted carlista?, descerrajarle un tiro, y volverse á casa con la satisfacción que debe sentir el cazador que mata una fiera.

Y si hay algún liberal que le parezca mal lo que digo, que piense en que aquella mujer pudo ser su esposa, pudo ser su hija, pudo ser su madre.

Esto de los emplumamientos se había ya hecho costumbre, casi ley entre los cafres del Chapa. Llegaron hasta sustituir el partido de pelota y las fiestas con que se celebraba los sábados el mercado-feria de Tolosa, por el espectáculo de un emplumamiento ó un apaleamiento, de los que era siempre víctima la mujer de algún liberal.

Un pobre licenciado del ejército en Igualada solía usar alguna prenda del uniforme de soldado debajo de la ropa de paisano; lo notaron algunos carlistas, y á las voces de «¡es un cipayo! matadlo, que es un cipayo!» se lanzaron enfurecidos sobre él. Confundido ante tan brusca agresión, apeló á la fuga. Siguiéronle dos jinetes, y como tuviera la desgracia de caer, pudieron cogerle; le ataron á la cola de un caballo y le arrastraron largo rato. Luego fué encerrado en un calabozo, en el que permaneció tres días sin comer; pasados éstos, le sacaron y lo fusilaron, rociando el cadáver con petróleo y prendiéndole fuego.

Un vecino de Barcelona tuvo que trasladarse con su esposa á Igualada, y buscó un salvo conducto.

De nada le sirvió, pues en Igualada fué escarnecido y abofeteado por los carlistas, recibiendo por último un fuerte culatazo en las espaldas que le hizo arrojar gran cantidad de sangre por la boca, dejándole con pocas esperanzas de vida.

La esposa llevaba un niño en brazos, y como intercediera en favor de su esposo, recibió otro culatazo en la cara que alcanzó también al niño en la cabeza.

En Caro (Asturias) los facciosos atan al alcalde á la cola de un caballo, que lo arrastra así gran trecho.

Incendian la casa fábrica de Balmes en Vich, muriendo en ella el administrador, varias personas inermes y unas niñas.

Aprisionan los carlistas á un voluntario de Castellón, pobre jornalero, y llevándole á Villareal le atan á un árbol, le desnudan, le rodean de paja, que queman, y lo asesinan después.

OCTUBRE

Entran los facciosos en Monovar y dejan mal herido de un disparo á un vecino llamado Lorenzo Ruiz, haciendo que le pasara por encima la caballería. Agonizante asíóse á las piernas delanteras de un caballo, pero el jinete le hizo saltar sobre él para que acabase de matarlo. Así y todo fué aun recogido con vida, hasta que uno de aquellos sicarios lo remató, hundiéndole un puñal hasta el pomo.

Además de esto cometieron horrores de todas clases. Las indefensas mujeres eran llevadas entre bayonetas y á pinchazos y bo-

fetadas ante el tribunal de los defensores de la fe, donde las trataban como bestias hasta que entregaban el dinero que les exigían. Los hombres eran acuchillados. Vecino hubo á quien no dejaron ni camisa para mudarse.

Se apoderan de la esposa del juez municipal de Torres (Guadalajara) y llevándola á las eras, la asesinan, arrastrando después su cadáver.

El cabecilla Alcate da una muerte horrosa á un pobre pescador en los Caños, cerca de Bilbao.

Una ronda carlista sorprende y fusila cerca de Montblach á seis soldados que habían tomado la licencia absoluta y se dirigían á sus pueblos.

Se presenta una partida en Belmonte (Asturias), saquea algunas casas y mata de un tiro á José Blanco, hiriendo también á otro vecino.

El cabecilla Neu de Prades asesina en los alrededores de Alcocer á un pobre hombre, acusándole de espionaje.

Es asesinado un mozo de estación en Ventabarri, por haber sido voluntario.

Son presos dos vecinos del pueblo de Murillo, y á los pocos días aparecen sus cadáveres en el río, cerca de Rosa, maniatados y con una piedra colgada al cuello.

Sorprende el cabecilla Clavijo á unos exploradores del ejército y los asesina á bayonetazos.

Detienen en Ancho el coche que iba á Rentería, apalean al cochero, dejándole moribundo y secuestran á una mujer con una criatura de pocos meses.

Tanto extremaron los horrores, que hasta los comités legitimistas franceses y los demás que tenía el carlismo en las principales ciudades de Europa, dirigieron una comunicación á la Junta del Norte en Octubre del 74, manifestando su disgusto por el carácter vandálico que daban los facciosos á la guerra.

No les hicieron caso alguno, y fueron lógicos... Si el carlismo significa robo y asesinato, prohibirle robar y asesinar, sería atentar á su existencia.

NOVIEMBRE

Publica la *Gaceta* una estadística, de la que resulta que los carlistas habían asesinado en menos de un año *trescientos* soldados ó voluntarios hechos prisioneros.

Para asegurar el bloqueo de Pamplona, donde la falta de aguas potables y la escasez de víveres originaron horrible carestía y una epidemia, los carlistas cortaban el pelo y daban de palos á las aldeanas que se acercaban á la plaza y asesinaban á los que intentaban penetrar en ella. Así murió el juez de paz, á quien robaron 40.000 reales que llevaba consigo.

Asesinan los carlistas al joven médico de cazadores de Reus, Sr. Guerra, mientras estaba curando á un soldado herido en la acción de Mandesvergue, soldado que sufrió igual suerte.

Idem á dos migueletes y un soldado que cayeron heridos y prisioneros en Choritoquieta; á uno de los migueletes le sacaron los ojos y le mutilaron ferozmente.

Idem en Cornudella á un anciano de 70 años, sordo y casi privado de juicio, como igualmente á un traginante.

El asesinato formaba parte de todos sus programas.

Para dar mayor solemnidad y esplendor á las rogativas que hicieron en Noviembre de 1874 en Estella á la Virgen del Puig, fusilaron á tres infelices acusados de desertores.

Y á eso le llamaban *fuegos artificiales*! El escarnio sobre el crimen.

DICIEMBRE

Es asesinado por los carlistas en el Puente de la Panieba, próximo á Tafalla, un hombre conocido por sus ideas liberales.

Por tener una hija casada con un guardia civil, fusilan los carlistas al maestro de Espadilla, anciano de 70 años, alejado de toda lucha política y completamente inofensivo.

(Continuará.)